

LA MOGIGATA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN VERSO.

SU AUTOR

IN ARCO CELENIO

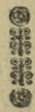
P. A.

Malus, bonum ubi se simulat, tunc est pessimus.

PUB. SYR.

PERSONAS.

D. LUIS.
D. MARTIN.
DOÑA CLARA.
DOÑA INES.



D. CLAUDIO.
LUCIA.
PERICO.
EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en una sala de casa de D. Luis.

El teatro representa una sala de paso, con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle, otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro, que es la del cuarto de D. Claudio.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. Luis. D. Martin.

D. Mart. **M**ira, hermano, si no quieres que riñamos muy de veras, no hablemos mas del asunto; dejémoslo.

D. Luis. Tú te inquietas por nada. Cuando las cosas

no van según tus ideas, regañas, gritas...

D. Mart. Y como he de llevar en paciencia lo que está pasando, y como he de aprobarlo? No es ella mi sobrina? no eres tú mi hermano?

D. Luis. Nadie lo niega; pero pues yo soy su padre,

y está á mi cargo y tutela,
déjamela gobernar.

D. Mart. Es verdad... Y la gobiernas perfectamente!... A que vienen dilaciones y reservas, hombre, á que?... Llegó D Claudio, se han visto ya: pues qué esperas? Cásalos.

D. Luis. Yo te diré.

Me escribió veces diversas
D. Padro, sobre el asunto:

me levantó á las estrellas
los méritos de su hijo;

yo, que me acordaba apenas

de haberle visto pequeño,

esperaba á que vinieran

ciertos informes de Ocaña,

para darle una respuesta

decisiva; pero el padre,

que gasta poca paciencia,

sin avisarme le hizo

venir aquí. Siendo fuerza

admirarle, no juzgué

conveniente que supiera

Ines nuestras intenciones.

Al principio observé en ella

un agrado indiferente,

que presumí que pudiera,

con el trato, ser amor;

pero despues, tan diversa

se le ha mostrado, que siempre

le recibe con tibieza

ó seriedad. Yo, entre tanto,

me confirmo en la sospecha

de que D. Claudio es un poco

simple, de mala cabeza...

Esta noche no ha dormido

en casa... Yo sé que juega...

En fin, ello es necesario

indagar que vida lleva,

y sobre todo, saber

si Ines admite contenta

esta boda, ó la repugna.

D. Mart. Es una cosa muy puesta
en razon... Segun la niña
lo determine y resuelva,
y la autoridad del padre...

D. Luis. Esa autoridad se temple
en estos casos, pues todo
lo demas fuera violencia
é injusticia.

D. Mart. Sí, blandura,
mimo, cariñitos... Deja,
deja que ya verás pronto

los efectos.

D. Luis. Quien te oyera
hablar así, pensaria,
segun lo que tú lo esfuerzas,
que la muchacha camina
á su perdicion derecha,
y que su padre la ofrece
medios para que se pierda.

D. Mart. Y á vista de lo que pasa,
juzgas tú que nadie crea
lo contrario?

D. Luis. Pero, en suma,
qué pasa?

D. Mart. Una friolera,
nada, nada... Pero, á bien
que no es muy larga la fecha.
Añoche mismo salió
la niña muy peritiosa,
estuvo en una funcion,
y á mas de las nueve y media
volvió á su casa. Que tal?

D. Luis. Si, pero fui yo con ella.

D. Mart. Con que tú la acompañaste?

D. Luis. Si señor.

D. Mart. Ay! que cabeza
de chorlito!... Y permitiste
que tratara con aquellas
amiguillas?

D. Luis. Si señor.

D. Mart. Y mandaste que saliera
á bailar?

D. Luis. Y por que no?

D. Mart. Vaya, esto es claro, él chochea.

D. Luis. Y yo tambien me animé
y salí á dar una vuelta.

D. Mart. Tú?

D. Luis. Yo.

D. Mart. Tú?

D. Luis. Yo, si señor...

D. Martin se pasea, con inquietud.
Pero ven acá... Que seas
de tal condicion! Escucha.

D. Mart. No quiero escuchar simplezas.
Haces bien. Me alegro mucho
que luzca en las asambleas,
que vaya de broma en broma,
y que...

D. Luis. Pero, si quisieras
considerar... Dime: ignoras
que las casas que frecuenta
son de las mas recogidas
de Toledo? Cuando llega
un Domingo, no es razon
que salga por ahí afuera

á divertirse? Y si sale, no va conmigo, ó la llevan las amigas de su madre? enyas costumbres honestas solo pueden inspirarla recogimiento y modestia... Cumplió diez años la chica de D. Juan: quiso que fueran las amigas de su hija, como es natural, á verla. Merendaron; y despues buscaron una bihuela: bailaron unas con otras, porque en la tal concurrencia hubo tres hombres no mas; y sacando de la cuenta á D. Claudio, que se fue luego que vió gente seria, de los otros, el mas niño, no bajaba de cincuenta. Hay mas que reñir?

D. Mart. Por mí haga lo que le parezca... Si observase la conducta de su prima, allí aprendiera á servir á Dios, á ser humilde, juiciosa y quieta.

D. Luis. Eso sí.

D. Mart. Pues ya se ve que si.

D. Luis. Pues quien te lo niega?

D. Mart. Es que yo sé bien por que lo digo... Hay gran diferencia de prima á prima.

D. Luis. Y quien dice que no?

D. Mart. Por mas que lo quieras negar.

D. Luis. Cierito que la tuya es una niña muy bella! Siempre está metida en casa. Ayuna cuando la observa su padre, cuando se va, se abalanza á la despena y se desquita...

D. Mart. No hay tal.

D. Luis. Si hay tal. Hace sus novenas: reza la corona: tiene oracion mental: se encierra en su cuarto, abre el balcon y á obscuras, porque no pueda verla su padre, se pasa la niña las noches frescas de verano, patullando

con el Cabo de bandera de ahí al lado.

D. Mart. No hay tal cosa.

D. Luis. Si no hay tal cosa. Como emplea, en el servicio de Dios las horas de esta manera, no cose jamas, no aplancha, no hace un punto de calceta, no mueve un trasto; ni quiere ocuparse en las faenas propias de toda muger, y deja el encargo de ellas á su prima; pues la vida contemplativa y austera, no la permite atender á las cosas de la tierra. Cuando su padre la ve, libros devotos hojca; cuando queda sola, entonces es la lectura diversa: coplas alegres, historias de amor, obrillas ligeras, novelas entretenidas, filosóficas, amenas, donde predicando siempre virtud, corrupcion se enseña. Estas obras de moral D. Benito se las presta: ese Estudiante Andaluz, opositor á prebendas, que vive en el guardillon.

D. Mart. Pues yo te doy por respuesta: que no he visto tales libros, ni pienso que ella los lea, ni sé de tal D. Benito, ni he sospechado que tenga con nadié conversacion.

D. Luis. Pues todo es verdad.

D. Mart. Perversa envidia!

D. Luis. No hay tal envidia.

D. Mart. Bien está: dí lo que quieras; no me podrás persuadir que la muchacha no es buena. Y sobre todo, pensar que su disimulo llega á tanto, que siendo alegre y revoltosa y traviesa, solo por disimular, en un convento se encierra para siempre, es un delirio que solo tú le dijeras.

D. Luis. No la he visto profesar.

D. Mart. Profesará.

D. Luis. Bien pudiera ser, pero...

D. Mart. Profesará.

D. Luis. No seré yo quien lo crea.

D. Mart. Profesará, si señor, profesará.

D. Luis. Si te empeñas en que ha de ser.

D. Mart. Y será.
Porque yo quiero que sea, y será.

D. Luis. Bien, no te enfades. Pero, si la trampa liciera que renunciase las tocas; que chasco para quien piensa heredarla en vida?

D. Mart. No: por ese lado no temas. No es niña de las de ahora, no es cabecilla, ni anhela á mas que á dejar el mundo por la estrechez de una celda.

D. Luis. Ello así parece; pero haces muy mal en creerla.

D. Mart. Porque?

D. Luis. Porque apenas dice palabra que verdad sea. Si yo la conozco, si la observo, si sé sus tretas: mejor que tú: si no pueda engañarme con aquella fingida virtud, que á ti te enamora y embelesa.

D. Mart. Fingida virtud?

D. Luis. Fingida, y la causa es manifiesta. Cuando era niña, mostraba candor, excelentes prendas; pero tú, queriendo ver mayor perfeccion en ella, duro, inflexible, emprendiste corregir las mas ligeras faltas: gritabas, no hacia cosa en tu opinion bien hecha... Tu rigor, produjo solo disimulacion, cautelas: la opresion, mayor deseo de libertad: la frecuencia del castigo, vil temor; y careciendo de aquellas virtudes que no supiste darle, aparenta tenerlas. La hiciste hipócrita y falsa;

y así que adquirió destreza para engañar á su padre, le engañó de tal manera, que solo cuando mas vicios tuvo, la creyó perfecta.

D. Mart. Bien! Muy bien!.. Voy admirado de razones tan discretas.

D. Luis. Te vas?

D. Mart. Se acabó el sermón y van á cerrar la Iglesia.. Mira, tu *D. Claudio* sube cantando por la escalera. Si habrá dormido esta noche al fresco!... Que tres cabezas, el padre, la señorita y el yerno!... Que tres!

Se va D. Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale D. Claudio.

ESCENA II.

D. Luis. D. Claudio.

D. Luis. Ya era tiempo de volver á casa. Te aguardamos con la cena hasta las once, y al cabo no te vimos... Nunca vuelvas á trasnochar de ese modo.

D. Claud. Es que me detuve ahí cerca, en casa de un conocido, que tiene una tos muy recia, y calentura, y...

D. Luis. Pues, mira que cuando otra vez suceda, no te canses en venir: porque haré cerrar las puertas y que te lleven los trastos al meson... Pero, que tengas tan poco juicio, que ayer... (y eso que fue la primera vez) en casa de *D. Juan* tales locuras hicieras? Fumar, donde nadie fuma, sillar, rascarse las piernas, y rebañar con el dedo las jícaras y lamerlas... Interrumpir cuando hablaban los damas, no dar respuesta con tino, ni reflexion... Qué gracias eran aquellas tan pesadas que dijiste? Quien te pudo dar licencia para correr por la casa y derretir la manteca en la cocina, escaldar

al gato y...

D. Claud. De esa manera, cuando vaya á alguna parte me habré de estar hecho un bestia. Si no permiten un poco de libertad...

D. Luis. Pero es fuerza que esa libertad moderen el respeto y la prudencia.

D. Claud. Yo no sé como entenderlo. Si uno calla, luego empiezan á decir que es un haron; si no calla...

D. Luis. Si no encuentras medio, no es mucho que en ambos extremos necio parezcas. Si ves que al ir á decir una gracia, se te suelta un disparate, y el ceño de los demas te demuestra que fuiste poco gracioso, por qué repites la escena? Por qué quieres que á ti solo te escuchen? Por qué no piensas antes lo que has de decir? Que haya cátedras y escuelas.

Hace que se va, y vuelve.

de saber hablar, y el arte de callar nadie le enseña!

D. Claud. Si me apura mas, tan fijo, ap. que le digo cuatro frescas.

D. Luis. Mira que voy á escribir á mi cuarto. Si te quedas en casa, por Dios te pido, que no vayas á esa pieza, jalegada del rincón, á repetir la tarea de tu canticio infernal. Que despues de ser tan bella la voz que tienes; no sabes dejarlo á todos molestas, y das tales alaridos que en la vecindad se quejan.

Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA III.

D. Claudio. Perico.

P. r. Señor!

Saldrá Perico por la puerta del lado derecho.

D. Claud. Periquillo! como...

Per. Como que estoy ya de vuelta.

Un abrazo y otro, y mil.

Vine anoche, estabais fuera...

D. Claud. Sí, tuve que hacer.

Per. Al fin

no es la prision muy estrecha, cuando hay asuntos nocturnos.

D. Claud. Ya llevé mi reprimenda.

Y qué dices? Qué hay de bueno por Ocaña? Como dejas á mi padre?

Per. Tan contento

de la dicha que os espera.

Me dió una carta... Y por cierto

que se quedó en la maleta,

ahí en el meson de enfrente.

Y vienen cosas muy buenas.

Unos calzones de tripe,

azul, dos pares de medias

abatanadas, la chupa

de griseton, y la eterna

casaca de los tontillos,

y el capingote.

D. Claud. Rarezas:

de mi padre... Y no te dió

dinero?

Per. Que? Buena es esa!

Dinero!... Dice que á vos

os sirvo, que os dé la cuenta

y que me pagueis sin falta,

pronto, y en buena moneda.

D. Claud. Bien dicho; pero no tengo un maravedí.

Per. Pues fuera

cosa de ver!... Por ventura,

en tres semanas y media,

que salto de aquí...

D. Claud. Sí, amigo.

Que quieres: á uno le tienta

el diablo, y...

Per. Que mayor diablo

que tener mala caleza?

D. Claud. Es verdad que yo he gastado en comprar mil frioleras tambien; pero lo de anoche...

Per. Y qué ha sido?

D. Claud. Una merienda, ahí en casa del Zurdillo.

Per. Bueno!

D. Claud. Que quieres que hiciera. Estuvo la Catugilla, y aquella moza trigueña...

Per. La Virtudes?

D. Claud. Esa misma; yo y el hijo de la Crespa.

Per. Adelante.

D. Claud. La Catuja,
hombre, que chica tan bella!

Per. Al caso.

D. Claud. Pues, merendamos:

y para alegrar la fiesta,
un Sargento de milicias
que le falta media oreja,
viene y... Sabes de quién es
primo? De la molinera.

Per. Ya.

D. Claud. Pues, amigo, sacó
la baragilla: se empeña
el juego, y vaya!... Diez duros
que importó la francachela,
por una parte, y por otra
el... Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
las cuatro manos primeras;
pero despues se volvió
el naípe, y en hora y media
que duró aquello, perdí
cuanto puse y mas que hubiera.
El echó cuatro porvidas,
se levantó de la mesa
diciendo que era ya tarde:
fuese, y á todos nos deja
sin blanca.

Per. Y á las muchachas
tambien?

D. Claud. Puse yo por ellas,
porque no era regular...

Per. Con que, en fin, de la remesa
que vino, ya no hay un cuarto?

D. Claud. Nada, y... Yo no sé que hiciera.
Y ese Prendero maldito
me va cogiendo las vueltas,
por un poco que le debo.

Per. Tambien esa?

D. Claud. Tambien esa.

Y dice que ha de venir
á ver si D. Luis encuentra
modo de que yo le pague.

Per. Y bien, dejarle que venga.

D. Claud. Toma! Pues si el viejo sabe
eso, la hiciéramos buena.

Per. Qué? ya empieza á regañar
el suegro en flor?

D. Claud. Me revienta.

Per. Y Doña Ines?

D. Claud. Doña Ines,
ya viste que andaba seria

conmigo cuando te fuiste:
pues de la propia manera
ha seguido... De las dos
primas la que mas me petea
es la Clarilla. Esa sí.
Y no ha dejado de hacerla
algunos cocos. A mí
me gusta.

Per. Que desvergüenza!

Si quiere cantar mañitines,
á que vendrá distraerla.

Pero...

D. Claud. Qué es eso?

Per. Dejad me.

D. Claud. Qué te suspende?

Per. Quisiera

Hace ademanes de discurrir y vacilar en
la resolución.

ver si... No... Bien puede ser;
pero... Divina ocurrencia!...
Y se ha de hacer, no hay remedio.

D. Claud. Pero, que?...

Per. Vereis que idea.

Supongo que ya sabeis
el gran fortunon que espera

D. Martin?

D. Claud. Lo de Sevilla?

Algo sé.

Per. Despues de cena

me contó ayer la criada
el caso, letra por letra.

Ello es, que los viejos tienen
en Sevilla (ó por mas señas,
ya no lo tienen) un primo

Beneficiado, que deja
por su heredera absoluta

á Doña Clara. La herencia
es un horror... Que sé yo?

casas, molinos, jaci ndas,
jelivas... En fin, el lance

es, que como da en la tema
de ser Monjita, su padre

(sin que nadie se lo pueda
disputar) todo lo pilla.

El por instantes espera
la copia del testamento;

teniendo noticias ciertas,
de que ya el Beneficiado

goza de la vida eterna.
Pues, aqui de mi invencion.

Esta Clara, se mosquea
cuando la dicen que es linda.

Chilla cuando la requiebran
Si uno se arrima, le vuelve

un torniscon, ó se alegra. (Blarla)
D. Claud. Siempre que he llegado á ha-
 se ha mostrado muy risueña;
 pero como yo no hacia
 intencion...

Per. Que? de quererla?
 Pues ya es preciso. La otra
 no es gusta; ni vos á ella;
 y al contrario, si podeis
 alzaros con la Prebenda
 de la Novicia, y...

D. Claud. Que pillo
 eres para cosas de estas!

Per. Si en la gran Compluto fui
 el coco de las escuelas.

D. Claud. Pues, mira, tú la has de hablar,
 Periquillo, y cuando veas...

Per. Yo? Pues me he de casar yo?

D. Claud. Hombre, si me da vergüenza...
 Vergüenza no, sino asi
 come...

Per. Pues cierto que es buena
 ocasion de timideces
 y melindres y indirectas!
 Se trata de que la otra
 va á meterse Recoleta:
 se trata de enamorarla,
 de enquistarla y hacerla
 aborrecer en dos dias
 coro, locutorio y verjas;
 y andaremos en pelillos
 perdiendo el tiempo que vuela!
 Vaya que no he visto tal.

D. Claud. Pero, y si luego nos echa
 noramala?

Per. Probaremos.
 Háganse las diligencias,
 y si da en que ha de ser santa,
 por muchos años lo sea.

D. Claud. Gente viene.

Per. Yes, no menos,
 el señor Juan de Corella,
 Demandadero mayor,
 por gracia de la Ahadesa,
 del consabido convento.
 Segun dijo Lucigüela
 anoche... Ya sé á que viene.
 Esperad en esa pieza
 mientras se va.

Vase **D. Claudio** por la puerta del foro.

ESCENA IV.

Pedro. El Tio Juan.

Per. Señor Juan!

Oh! señor Juan!

Tio Juan. Esta esquela

traigo para D. Martin.

Se puede entrar?

Per. Está fuera.

Tio Juan. Sois de la casa?

Per. Pues no.

Y es mucho que

el señor Juan. A P. se acuerda

al convento me despees

Tio Juan. Como yo no paro

un instante...

Per. Y la parienta?

Siempre tan robusta, eh? Vaya.

Tio Juan. Si se murió por Cuaresma.

Per. Hombre!

Tio Juan. Toma!... Yo no sé

si aqui os la deje ó si vuelva.

Estoy tan harto de andar.

Es sobre aquello de Illescas...

Per. Sí, de Illescas... Por aquel

censillo de las bodegas.

Bien, pues yo se la daré

á D. Martin, cuando venga.

Quitándole al Tio Juan el papel de la

mano.

Tio Juan. Mejor es

Per. Sí, y él irá

por allá con la respuesta.

Tio Juan. No se olvide.

Per. Quedo en ello.

ESCENA V.

Perico. D. Claudio!

Per. Lindo!

Despues de haber leído el papel hace estre-

mos de alegría.

D. Claud. Qué locura es esa?

Hombre, que.

Lee el papel, luego le dobla y se le guarda.

Per. Santo papel,

que así nuestro mal remedias!

Lee. J. M. y J. = Mi Señor D. Mar-

tin: á consecuencia del aviso que re-

cibimos el otro dia de que Vmd. nos

habia hecho la caridad (D.os se lo pa-

gue) de cobrarnos en Illescas, caan-

do volví de Madrid, los tres mil y

cuatrocientos reales de aquel censillo,

habia dado orden á D. Lorenzo el Ma-

yordomo para que pasase á ver á Vmd.

y se hiciera cargo de ellos; pero des-

de ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de ésta es persona muy segura y podrá entregarle dicha cantidad. Vmd. perdone estos enfados. *Ando memorias á todos los de casa, y á uue- rias á todos los de la casa, que deseamos á Clara en Dios la dé su gra- cia, y que le sirva.* = B. L. M. de cia y su mayor servidora = Juana Ma- de la Resurrección del Señor. = Abadesa indigna.

D. Claud. Y que sacamos con eso?

Per. Ahí es una friolera...

Este D. Martin me ha visto?

D. Claud. Yo, que sé?

Per. Vamos con flema.

Cuando llegamos de Ocaña,

un mes ha, no estaba él fuera?

D. Claud. En Madrid, que luego vino.

Per. Muy bien, y antes de su vuelta

no me fui yo?

D. Claud. Si.

Per. Y anoche

no me estuve en esas piezas

de ahí adentro, que ninguno

me vió si no la doncella?

D. Claud. Tú lo sabrás.

Per. Yo lo sé...

Y D. Martin, por mas señas,

no es medio cegar?

D. Claud. Y mucho.

Per. Si? Pues la trampa está hecha.

Si no pagais al Prendero,

se enfada, viene, lo cuenta,

y nos pierde... Sin dinero

ninguno paga sus deudas.

Yo conozco al señor Juan,

y él no sabe quien yo sea...

Por otra parte, las Madres

no han de ser tan avarientas,

que hoy mismo quieran los cuartos.

Mañana tomo soleta

y voy á Madrid.

D. Claud. A que?

Per. A encargos y diligencias,

sobre el pleito.

D. Claud. Ya.

Per. Pues, bien,

me voy: y aunque el hombre vuelva,

á quien dirá el desdichado

que entrego la triste escuela?

Sospechan en mí, uo importa.

Me escriben, respondo, vuelta á escribir y á responder: los canso, se desesperan... Y si el asunto va mal, que me escriban á Ginebra. Ademas, como se logre, que Doña Clarita es quiera, entonces... Pero ella viene.

D. Claud. Háblala, mira, no pierdas este lance.

Per. Pero vos teneis trabada la lengua?

D. Claud. Ya viene. Adios.

Vase por la puerta de la derecha.

Per. No hay remedio?

Pues, buen ánimo, y á ella.

Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale Doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.

ESCENA VI.

Perico. Doña Clara.

Per. Válgate el diantre la niña que presto ha dado por tierra con mi buen señor!

D. Clara. Perico.

Per. Y ahí es decir que nos queda

esperanza... Pobrecito!

De que se seque y se muera.

Que ha de esperar? Que la encierren,

la pelen y no la vea,

jamas

D. Clara. Si será por mí?

Per. Ay! amor! Y no valiera

mas decirselo? Ha de ser

tan cruda, tan indigesta,

que viendo á aquel infeliz?

No pueda ser: aunque fuera

un serpentón.

D. Clara. Periquillo.

Per. Quien ha de haber que consienta

que un muchacho, tan muchacho,

y de casa solariega,

se nos muera tontamente:

sin motivo de mas fuerza,

que porque la tal Clarita

es graciosa y pispireta,

y porque tiene la boca

coloradilla y pequeña,

y porque tiene los ojos

negritos, y... Pues por esa

razon , ella ha de curarle,
ya que el mal nos vino de ella.
Señora.

Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á Doña Clara.

D. Clara. Que , ya has venido de Ocaña ?

Per. Y aun mejor fuera no haber venido.

D. Clara. Por que ?

Per. Por nada... Si lo supiera !...

D. Clara. Estás malo ?

Per. No señora.

Se va retirando , y finge hablar entre sí algunas expresiones , segun lo indica el diálogo.

Me voy...

D. Clara. Adonde ?

Per. A la Iglesia,
á rezar.

D. Clara. Porque yo vengo te vas ?

Per. Pero , que se arriesga ?...

D. Clara. Qué dices ?

Per. Si el desdichado pierde su salud por estas timideces , para mí será un cargo de conciencia. Señora , si me quereis escuchar...

D. Clara. Di lo que quieras.

Per. Estamos solos ?

D. Clara. Parece que sí.

Per. Yo tiemblo...

D. Clara. No temas.

Per. Si me prometeis callar.

D. Clara. Extraño que me lo adviertas.

Per. Pues , señora , perdonad mi atrevimiento , y...

D. Clara. Qué intentas ?

¿ Qué quieres atreverte ?

Per. No os altereis. Quien espera hallar compasion en vos , no vendrá á haceros ofensa.

D. Clara. En fin , qué quieres ?

Per. Contaros

un chasco , una morisqueta de amor. D. Claudio se quiere volver á Ocaña , no encuentra quietud en Toledo , y juzga que es el remedio la ausencia. El no quiere á Doña Ines : la aborrece.

D. Clara. Qué me cuentas ?

Per. Y al mismo tiempo , por otra está , que se desespera.

D. Clara. Qué dices ? Cosas del mundo ! Con que es de Ocaña ?... Por fuerza , de allí será.

Per. No señora , no es de allí.

D. Clara. Pues que ? pudiera tener ya en Toledo amores ? Dimelo todo... Y no temas que se lo cuente á mi prima , no.

Per. Con que ha de ser ? Pues ea. Señora , él os quiere , y...

D. Clara. Como ?

Per. Y os quiere de tal manera , que es frenesí.

D. Clara. Qué osadía !

Pues... Vete , vete y no vuelvas á verme nunca.

Per. De vos

no esperaba otra respuesta.

Por falta de reprehension y de consejos no queda , que bien claro se lo he dicho ; pero la pasion le ciega...

Quedad con Dios. *(Hace que se va.)*

D. Clara. Oyes , mira.

Per. Qué he de ver ? Harto se muestra que no teneis caridad.

Qué podeis decir , que sea nuevo para mí ? Que vais á ser Monja ? Enhorabuena.

Que es un loco ? Los amores pierden la mejor cabeza.

Hace que se va.

D. Clara. Mira.

Per. Dejadme , por Dios.

D. Clara. Con que esa pasion es cierta ?

Per. Ay ! señora ! Lo dudais ?

D. Clara. Pues , quien me asegura de ella ?

Per. Vuestros ojos.

D. Clara. Ah ! bribon !... *(Riéndose.)*

Per. Pero , si se considera , yo no sé que inconveniente puede haber...

D. Clara. Calla , que empiezas á irritarme.

Per. Otras habria , que admitiesen la fineza de un amante tan leal ; pero vos... Ah ! si yo os viera casada con él... Casada !

ESCENA VII.

D. Clara. Lucía.

Entre los mimos y fiestas
de hermosas criaturitas;
vivarachitas, traviesas,
como su madre.

D. Clara. Perico,
vete... Ay! Dios! toda me inquietas...

Per. Aunque mires con horror
el matrimonio, pudiera...

D. Clara. No, yo no le tengo horror.

Per. Pues qué detencion es esa?

éles de buena familia,
de buena edad, buenas prendas...

D. Clara. Eso sí: no es mal muchacho.

Per. La verdad, no le quisierais.

para marido? No os gusta?

No tiene linda presencia?

D. Clara. Sí, déjame.

Per. Pobrecillo!

Que desesperadas nuevas

le voy á dar!... Es inútil

hablar mas de la materia.

En ademan de irse.

D. Clara. Te vas?

Per. Qué he de hacer?

D. Clara. Atiende.

Dile...

Per. Sí, que nunca os vea.

D. Clara. No es eso.

Per. Que sise quiere

morir de amor, que se muera.

D. Clara. No, sino... Tú no me entiendes.

Per. Como queréis que os entienda?

D. Clara. Dile... Que es un atrevido...

Ay! Periquillo! me cuesta
tanto rubor.

Per. Que locura!

Vaya! Sobre que se juega
limpio.

D. Clara. Dile: que vendré
á hablar con él esta siesta,

aquí mismo, que me espere...

Pero, decílo pudieras
como que sale de ti.

Per. Oh! bien. A mi cargo queda.

Pero, no le digo mas?

D. Clara. Harto es eso.

Per. Mas quisiera.

D. Clara. Vete; vete.

Per. Pero no

me le riñais cuando venga.

No?

D. Clara. Bien, no le reñiré.

Per. Que el quereros no es ofensa. *(Vase.)*

D. Clara. Adios, picarillo, adios.

D. Clara. Muchacha, estoy muy contenta.

Ya no hay tocas, ya no hay torno.

Lucía. Pues que no verdad es esa?

Ya sé que no le ha de haber.

D. Clara. Sí, pero no es lo que piensas.

D. Claudio está enamorado

de mí.

Lucía. Calle!

D. Clara. Sí: y no creas

que es un pasatiempo, no;

es cariño, muy de veras.

A la siesta nos veremos

para tratar lo que deba

disponerse, y...

Lucía. Ya que hablais

de eso, sabed que os espera

en la esquina, deseando

un ratillo de parleta,

el hijo de la Escribana.

D. Clara. Anda, ve y dile, que vuelva

despues, ó no venga mas.

Lucía. Es ingratitud muy fea.

D. Clara. Que importa? Le quise ayer,

porque imaginé que fuera

preciso valermé de él;

pero, ya tiene licencia

de mudarse.

Lucía. Yo no alcanzo,

por que con tal ligereza

de ese D. Claudio os fiáis.

D. Clara. Qué sabes tú, majadera?

Si desde el punto que vino

observé la indiferencia

que gastaba con mi prima:

en el estrado y la mesa

se sentaba junto á mí,

y yo que no soy muy lerda...

Ayer mismo, me cogió,

sin que nadie lo advirtiera,

esta mano, y la apretó.

tanto, y dijo: Ay! Clara bella!

Monilla, guapita!

Lucía. Y vos.

qué dijisteis?

D. Clara. Que padiera

decirle, estando allí todos?

Me puse... así... muy contenta.

Le miré, y no mas.

Lucía. El gusto

será, si las cosas llegan

á efecto, ver á los viejos.

D. Clara. Qué han de hacer cuando lo sepan?..

Y sobre todo, primero soy yo.

Lucía. No teméis la fiera condicion de D. Martin?

D. Clara. Y por que debo temerla?

Lucía. Porquesis os casais, no habrá quien su cólera detenga. Y como le habeis sabido embobar con apariencias de santica...

D. Clara. Hija, en el mundo el que no engaña, no medra; y hoy mas que nunca, conviene usar de astucia y reserva. Fingir, fingir... Si mi padre trata de heredarme, y piensa, despues de haberme tenido tan abatida y sujeta, que he de sepultarme en vida; valiente chasco se lleva! Harto he sufrido. Ya es tiempo de romper estas cadenas, de vengarme y de vivir.

Lucía. Vuestra prima.

Mirando adentro.

D. Clara. Salte afuera: que la he dicho que tenia que hablar á solas con ella... Y al arrimon, le dirás que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

D. Clara. D. Ines.

D. Ines. Y bien, Clarita, que ocurre?

D. Clara. Que me saques de una extrema inquietud.

D. Ines. Cual es la causa?

D. Clara. Como tu bien me interesa tanto... Dime, este D. Claudio, que segun todos sospechan, ha venido á ser tu novio; es de tu gusto? De veras, le quieres?

D. Ines. Yo, no por cierto.

Imaginas que pudiera prendarme de él?

D. Clara. Lindamente disimulas!

D. Ines. Que simpleza!

D. Clara. Con que no le quieres?

D. Ines. No:

porque no hay cosa que vea en él, que no me disguste.

D. Clara. Y si tu padre se empeña en ello?

D. Ines. No, no es capaz de empeñarse en que yo sea infeliz... Me quiere mucho, y tiene mucha prudencia.

D. Clara. No te puedo ponderar, Ines, cuanto me consuela que pienses así. Yo estaba en extremo descontenta, temiendo que ibas á hacer una locura.

D. Ines. No temas.

D. Clara. El, en efecto, parece un Hidalguillo de Aldea, vanidoso, tonto y pobre, aturdido, mala lengua... Y qué figura tan rara!

D. Ines. En eso, prima, no aciertas: que es buen mozo.

D. Clara. Sí te gusta, Ines, en buen hora sea.

D. Ines. Pero, que tiene que ver que le quiera ó no le quiera, para decir la verdad? él me fastidia, me apesta, no puedo sufrirle; pero es buen mozo.

D. Clara. No hay belleza sino en Dios: las criaturas todas somos imperfectas.

D. Ines. Ya empiezas con eso?

D. Clara. En fin, si este partido desprecias, quien sabe que no te inclines á la religion, y seas Monja tambien?

D. Ines. Prima, yo soy muy profana, muy lega, y algo apegadilla al mundo.

D. Clara. Pero, no ves que nos cercan en el siglo mil peligros?

D. Ines. Sí, ya lo sé; pero piensas que en la soledad de un claustro mil peligros no se encuentran?

D. Clara. Practicando la virtud...

D. Ines. Practicándola, en cualquiera estado serás feliz.

D. Clara. Pero no dudes que aquella vida, penitente, humilde, es mas pura y mas perfecta.

D. Ines. Sí, pero lleva consigo

obligaciones tan serias,
que el empeño de cumplirlas
hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
la que á tanto se resuelva:
porque, si las cumple bien,
prodigioso esfuerzo cuesta;
y si no, despues de amarga
vida, que suerte la espera!

D. Clara. Eso sí, tú siempre... Vamos,
se conoce que no apruebas
mi eleccion.

D. Ines. No ha de aprobarla?
Sí, prima, y no te parezca
que yo la repugne en ti,
porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
mi debil naturaleza,
llena de temor, elijo
la menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
(si tienes constancia y fuerzas
y mucha virtud) que al fin
la perfeccion está en ella.

D. Clara. Eso apetezco, esa es
la felicidad que anhela
mi corazón.

D. Ines. Que bien haces.

Con ironía.

D. Clara. Allí viviré contenta.

D. Ines. Y aun aquí no vives triste.

D. Clara. Como?

D. Ines. Digo, que no dejas
de procurar distracciones...

D. Clara. Que quieres decir?...

D. Ines. Honestas,
se supone.

D. Clara. Pero...

D. Ines. Anoche,
con aquel tiple y aquellas
coplas... Tal cual! Ello, si;
cantaron mil desvergüenzas;
pero la sierva de Dios
allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla, y...

D. Clara. Calla:
no me apures la paciencia,
mira que...

D. Ines. La santa!

D. Clara. Calla,
que te arrancaré la lengua.

D. Martin. Perico. *D. Clara.* *D. Ines.*

Perico sale vestido ridículamente con cascaca, manguito y baston, un parche en un ojo y cojeando.

D. Mart. Entrad, caballero. Niñas.

Vanse D. Clara y D. Ines.

Per. Pues aquí teneis la escuela.

Le da la esqueta á D. Martin.

D. Mart. Si me permitis.

Per. Leed.

Lee D. Martin. Perico se pasea y se limpia el sudor con un pañuelo.

D. Mart. Válgame Dios!

Per. Que os inquieta?

D. Mart. Con que el pobre D. Lorenzo?...

Per. Sí, amigo, quien lo dijera!

Despues de diez años largos
que nõ le he visto, se acuerda
de morirse.. Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda
otro hermano.

D. Mart. Luego vos
sois su hermano?

Per. Un mes me lleva.

Yo me llamo D. Sempronio
de Hinestrosa, mi parienta,
(que es muger de forma,
y muy servidora vuestra)
se llama Doña María
Godínez, Ribadeneyra:
de mis hijas, la mas gorda,
se llama Doña Teresa,
la menor, Doña Guiomar;
y entrambas, por consecuencia,
son sobrinas del difunto.

D. Mart. Murió?

Per. No; pero sospechan
que morirá... Si quereis
entregarme lo que reza
el papelito.

D. Martin. Al instante:

voy allá... Pero ello es fuerza,
Hacé que se va, y vuelve.
que hiciese algun disparate
al comer.

Per. Si no que sea
que ayer tarde, merendó
un cochinillo con setas...

D. Martin. Eso basta.

Per. Ya se ve

que basta, y sobra, y pudiera ser suficiente á matar al convidado de piedra.

D. Mart. Cierito que ha sido un...

Per. Anoche á eso de las once y media le entró tal calenturon, que pensamos que se fuera por la posta... Convulsiones, hipo, delirio... Tremenda noche! Todos aturdidos, toda la casa revuelta... Juntáronse tres Doctores, de los de mas reverendas, que tienen atarugadas de difuntos las iglesias... Todo se volvió visages, y polvos, y citas griegas. Dale con el mesenterio, el pilóro, las vértebras, el tejido celular y la hemorroidal interna, y dale con si el clister fue invencion de la cigüeña. En fin, viendo que el paciente no mejoraba por esas, le recetaron la Uncion; que para el alma es muy buena.

D. Mart. Que desgracia!

Per. La mayor que sucedernos pudiera... Si me quereis despachar.

D. Mart. La pobre Doña Vicenta... *Hace que se va, y vuelve.* cómo está?

Per. Como ha de estar? Traspasada... Si quisierais despacharme.

D. Mart. Sí, al momento iré, si me dais licencia, á buscar ese dinero.

Per. Id con Dios.

ESCENA X.

Perico. D. Claudio.

Per. Tenemos hechas mil diligencias. La niña mas blanda está que una breba.

D. Claud. Periquillo! *Desconociéndole.*

Per. El mismo soy.

D. Claud. He vuelto á saber que nuevas...

Per. Bien está.

D. Claud. Pero, que trago, hombre!...

Per. Vamos, no se pierdan los instantes. La Monjita por vos se deshace y quema. A la siesta no salgais: que ha de venir á esta pieza, á hablar con vos del asunto matrimonial.

D. Claud. Sí, de veras?

Per. De veras... Pero, id al cuarto: que si D. Martin nos viera hablar, éramos perdidos. Al cuarto.

D. Claud. Pero, qué intentas?

Per. Al cuarto.

ESCENA XI.

Perico. D. Martin.

D. Mart. Paes aqui está *Le da un papel con dinero.* todo y en buena moneda. Contadlo.

Per. No, para qué?

D. Mart. Sí, contadlo, que pudiera haber equivocacion.

Per. Y las niñas, estan buenas? *Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*

D. Mart. Sin novedad.

Per. Cuantas veces me escribió mi hermano de ellas!

D. Mart. Pues, apenas las conoce.

Per. No importa, para que sepa sus prendas y las estime.

Uno, dos, tres... Y no piensa Doña Clara en casarse?

D. Mart. Ay! no señor: esa lleva otro destino mejor.

Per. Con que al fin, está resuelta á dejar el siglo? Bueno, bueno, bueno!... Y dos, son treinta: treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres... Y mas valiera que la imitase su prima.

D. Mart. No es para malas cabezas esa vocacion.

Per. Ya sé que es un poquillo sardesca; pero su padre...

D. Mart. Su padre! Siempre estamos en quimera

pero eso.

Per. Cuarenta y ocho,
cuarenta y nueve, cincuenta.

Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.

Cabalestá... Sí, D. Luis
no tiene aquella prudencia,
aquel tino... Con que, amigo...

D. Mart. Dad á la Madre Abadesa
memorias, y vos mandad.

Per. Solo serviros desea.

D. Semprónio de Hínestrosa.

D. Mart. Me holgára de que pudiera
el pobre enfermo escapar.

Per. Es muy duro de cabeza,
y si da en que no ha de ser,
se habrá de morir por tema.

D. Mart. Pobre mozo!

Per. Si por cierto.

D. Mart. Permitid...

*D. Martín quiere irle acompañando, y él
lo rehúsa.*

Per. No, que es molestia.

D. Mart. Hasta la puerta no mas.

Per. Vos hareis que no me mueva
de aquí.

D. Mart. Pues, mandar y adios.

*Vase por la puerta del lado izquierdo, y
después Perico por la derecha.*

Esto si que me contenta.

La muchacha ya nos quiere,

el viejo dió las pesetas,

D. Claudio revive, y yo

tengo mi cobranza cierta...

Fortunilla! No te mudes

de madre mimona, en suegra.

oo

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. Clara. Lucía, después D. Claudio.

D. Clara. Pisa quedito, no sea

*El Teatro estará obscuro. D. ñr Clara y
Lucía se encaminan hacia la puerta del
cuarto de D. Claudio.*

que la gente alborotemos

Lucía. Mucho temo que nos pillen.

D. Clara. Chito.

Lucía. Si apenas resuello.

D. Clara. Mira si aguarda D. Claudio.

Lucía. Allá voy. Si sale el viejo,

*Lucía se adelanta, llama, y sale D
Claudio.*

y en estos malos fregados
coge á la niña, que bueno!

D. Claudio.

D. Claud. Quien es?

Lucía. Salid.

D. Claud. Ya te sigo; pero llevo
un miedo, que es un horror.

Lucía. No temais, que á mayor riesgo
nos esponemos nosotras.

Vos sois hombre de provecho,
y os importarán muy poco
treinta palos mas ó menos.

Aquí está.

D. Clara. Señor D. Claudio.

D. Claud. Doña Clara, mucho os debo,
mucho, mucho...

D. Clara. Ten cuidado
no nos oigan, y lo echemos
todo á perder. Periquillo

Lucía se retira

me habló del cariño vuestro.

Yo vengo á saber de vos,

si lo que asegura es cierto;

porque me admira infinito

que un hombre... que un caballero

de prendas, así varie

de inclinaciones tan presto.

Mi prima, en qué desmerece,

para que os deba un desprecio?

Es menos linda que yo?

D. Claud. Es que no consiste en eso;
sino...

D. Clara. Pues en que consiste?

D. Claud. Yo, acá, bien me lo comprendo;
pero no me sé explicar.

Tiene Doña Ines un cierto

no sé que, que no me gusta;

la verdad... Yo no me meto

en si es bonita, ó es fea,

en si tiene, ó no buen genio;

pero...

D. Clara. Ved que vuestro padre
aprueba este casamiento,
y á ese fin os envió.

D. Claud. Pero, bien, si no la quiero.

D. Clara. Yo no alcanzo la razon.

D. Claud. Ni yo tampoco lo entiendo.

Ella es muy buena muchacha,

muy honrada, no lo niego;

en fin, yo...

D. Clara. Mucho arriesgais,

- D. Claudio, pues al saberlo, mi padre, el vuestro, y mi tío, se habrán de enfadar por ello, y con razon.
- D. Claud. Y que importa?
- D. Clara. Y dareis un sentimiento á mi prima.
- D. Claud. Eh! Doña Ines, segun lo que en ella veo, no podrá sentirlo mucho.
- D. Clara. Por que no?
- D. Claud. Porque sospecho que no me quiere gran cosa.
- D. Clara. Si á vuestros merecimientos igualára su pasion, mucho debiera quererlos... Pero es menester tambien para amar, entendimiento.
- D. Claud. Oh! si fuera como vos!
- D. Clara. Yo, D. Claudio, no pretendo canonizar mi conducta á costa de su desprecio. Solo sé, que de las dos es tan diferente el genio, tan opuestas las costumbres, que en nada nos parecemos. Esto habrá dado ocasion para que algunos sugetos, de prendas muy estimables (tal vez, sin yo merecerlo) pongan los ojos en mí; pero, D. Claudio, os protesto que, ingrata á su amor, hallaron solo indiferencia y tedio. Siempre retirada en casa, sin dar que decir al pueblo, mis galas son este traje humilde, mis pasatiempos, la devocion, la lectura de libros santos y buenos; y aun así... Somos muy malos... Mas no todas hacen esto. Mi prima... Es al fin mi sangre, y sobre todo, no quiero que nadie piense de mí que sus acciones reprendo. Jesus! eso no.
- D. Claud. Es verdad; pero acá bien conocemos lo que va de prima á prima. Ese garbito, ese aseó, ese modo de mirar, Doña Clara, es mucho bueno!
- D. Clara. Y sobre todo, D. Claudio:

- la virtud, recogimiento y santo temor de Dios, es lo principal. Yo veo muchas de mi edad (y acaso tengo bien cerca el ejemplo) que interpretando á su modo procederes deshonestos, llaman cultura y donaire lo público del esceso, lo escandaloso del vicio... Ay! mi D. Claudio! que tiempos alcanzamos... Ya se ve, el mundo, el mundo!
- D. Claud. Ello es cierto que se ven cosas que pasman... Si dura el sermon, reviento. *ap.*
- D. Clara. Por eso, no haciendo cuenta ni de los bienes que heredo en Sevilla, ni pagada de amorosos rendimientos, blandas caricias, que tanto pueden con mi debil sexo; un claustro fue mi eleccion.
- D. Claud. Con que, al fin...
- D. Clara. Antes de veros.
- D. Claud. Y desveros?
- D. Clara. Mucho os estimo, D. Claudio.
- D. Claud. Pero, pensemos...
- D. Clara. Si es verdad que me quereis...
- D. Clara. Si es verdad? Pues no ha de serlo? Toma! Quereis que lo jure?
- D. Clara. Jurar! Ay! Dios! no por cierto: Vaya! jurar!
- D. Claud. Pues, amiga: una vez que resolvemos casarnos, y está el asunto de tal manera...
- D. Clara. Hablad quedo.
- D. Claud. Que importa la diligencia, y... Vaya! Como están ellos en que os habeis de...
- Lucía. Señora,
- Sale Lucía apresurada: al quererse entrar.*
- sale Doña Ines. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar, y se va.*
- que viene gente. Escapemos aprisa.

ESCENA II.

- Doña Clara. Don Claudio. Doña Ines, y dentro Don Martin.
- D. Ines. Quien anda aquí?
- Es Clara?

D. Clara. Callad.

D. Claud. Me alegro.

D. Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde y no acierta á su cuarto.

D. Ines. Quién es?

D. Claud. Ya he perdido el tino: me pillaron, esto es hecho.

D. Clara. Callad.

D. Mart. Que no han de dejarme

Al oirse las voces de D. Martin, suena ruido de abrir ventanas, y se ilumina el Teatro.

nunca dormir con sosiego.

D. Clara. Mi padre... Somos perdidos: ya no hay escape... Este viejo de... Por vida!...

ESCENA III.

Doña Clara. Don Claudio. Doña Ines. Don Martin.

D. Mart. Que holina anda por aquí? Que estruendo? Hola, D. Claudio, qué haceis aquí?

D. Claud. Yo qué culpa tengo?... Vase, y entra en su cuarto.

D. Mart. Que respuesta!... Y la Inesita?

D. Ines. Si acabo de entrar.

D. Mart. Lo creo.

Y tú?

D. Clara. Lo mismo... Yo acabo de entrar... Estaba leyendo en Kempis, y al escuchar este ruido, vine luego á ver quien era.

D. Mart. Ello, al cabo, Inesita, no sabremos la verdad?... Pues quien estaba aquí, quien, dílo?

D. Ines. Yo entiendo, que sin duda era D. Claudio con mi prima.

D. Clara. Bueno es eso!

Ines, yo?...

ESCENA IV.

Lucía y dichos.

Lucía. Qué ha sido?

D. Mart. Nada:

cosa de poco momento.

Que estaban hablando á oscuras mi sobrina y el monuelo,

botarate de D. Claudio.

Qué libertades! Qué escesos!...

Y echa la culpa á su prima.

D. Clara. Piensas de mí!...

D. Ines. Yo no pienso mal de nadie; pero digo las cosas como las veo.

D. Mart. Con que habra sido esta niña?

D. Ines. Puede ser.

D. Mart. Que atrevimiento!

Se encamina cólerico hácia D. ña Ines, y Doña Clara le detiene.

Mira...

D. Clara. Dejadla... Bien haces, Ines, yo te lo agradezco. Bien haces, que soy muy mala, prima, muy mala... No tengo disculpa, acúsame mas, culpame: que mas merezco por mis pecados.

D. Mart. Y tienes corazon para estar viendo sin confundirte!...

D. Ines. Si yo...

D. Clara. No os enfadeis, dad asenso á cuanto diga, señor. Si yo misma lo confieso, que soy muy gran pecadora. Dios ha elegido este medio para probarme... Creed cuanto dice... O á lo menos, perdonadla, perdonadla, Se arrodiva, y llora. querido papá.

D. Ines. Que estremo de iniquidad!... Es posible, Clara?...

D. Mart. Vete: que no quiero verte, picarona... Vete.

D. Ines. Advertid!...

D. Mart. Huye al momento de mi presencia... Embustera! Basilisco! Alza del suelo

Levanta á Doña Clara, y la abraza cariñosamente.

hija de mi corazon No llores, que me enternezco, y sé tu virtud... Que envidia la teneis todos!

D. Ines. No puedo sufrir mas. (Vase.)

D. Mart. Anda, que yo contaré todo el suceso á tu padre... Lo sabrá,

sí, lo sabrá sin remedio:
lo sabrá.

D. Clara. No, padre mio,
por Dios...

D. Mart. Vamos allá adentro,
niña, vamos... Lo sabrá:
Cogiendo de la mano á Doña Clara.
yo se lo diré bien presto,
yo se lo diré.

D. Clara. Señor...

D. Mart. Yo se lo diré.

ESCENA V.

Lucía, D. Claudio,

Lucía. Que enredo
de los diantres inventó!

D. Claud. Se han ido ya?

Se asoma á la puerta de su cuarto.

Lucía. Ya se fueron,
no lo veis?

D. Claud. Y en que quedamos?

Lucía. En que supo revolverlo
Doña Clara, de tal modo,
que va el padre hecho un veneno
creyendo que Doña Ines
fue la culpa.

D. Claud. Que ingenio
tiene, vaya! Si es muy guapa...
Con que, di, como podremos
hablarnos, y ventilar
este asunto?... Que me temo
que no ha de llegar á colmo.

Lucía. Yo, señor, si en algo acierto
á servirlos...

D. Claud. Le dirás
que estoy á todo dispuesto:
que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
otra vez, y hablar, y...

Lucía. Bien.

D. Claud. Pues bien,

Lucía. Veis este pañuelo,
que roto, y que malo está?

D. Claud. A fe que no es nada nuevo.

Lucía. Estais en que os serviré
con solicitud y esmero?

D. Claud. Sí, ya estoy.

Lucía. Que mediaré
siempre, con igual empeño,
en vuestro favor?

D. Claud. Se entiende.

Lucía. Y que guardaré el secreto...

D. Claud. Preciso.

Lucía. Pues, si tuvierais
ahí á mano algun dinero...

Poco... Como medio duro.

D. Claud. Precisamente no tengo.

Lucía. Vaya que sí.

D. Claud. No, de veras.

Lucía. Vaya que sí.

D. Claud. Quieres verlo?

Si llegan á doce cuartos

Saca el bolsillo y cuenta unos cuartos.

será mucho... Quince y medio.

Tómalos.

Lucía. Que tiñeria!

D. Claud. No los quieres?

Lucía. Si los quiero:

Toma los cuartos y se los guarda.

vengan... Pero, me dareis
después?

D. Claud. Sí, yo te lo ofrezco.

Lucía. El medio duro?

D. Claud. Un doblon
te tengo de dar, lo menos.
Cuando mi padre me envíe
algun socorro...

Lucía. Ya entiendo.

Pues, cuidado. Agar.

D. Claud. Adios.

ESCENA VI.

D. Claudio. Perico.

D. Dia. Hombre, que falta me has hecho!

Per. He tenido ocupaciones

Perico saca debajo del brazo una maleta
y la pone sobre la mesa.

muy graves. Ahí os entrego

la maleta consabida:

todo el ajuar viene dentro,

y esta es la carta. *(Le da una carta.)*

D. Claud. Muy bien.

Per. Item mas, vuestro Prendero...

Gran picaron! Me ha leído

una lista de tres pliegos,

en que consta lo vendido,

prestado, empeñado, y resto.

D. Claud. Hay hombre mas fastidioso!

Per. Como pide su dinero

no es extraño que fastidie.

Y pues ha salido á cuento,

yo tambien quiero pedirlos,

(aunque os fastidie por ello)

alguna ayuda de costa.

D. Claud. Vamos, calla, no gastemos
el tiempo.

Per. Es que me debeis
atorce duros, lo menos.

D. Claud. Ya me enfadas.

Per. Es que salgo
mañana de aquí: y no puedo
esperar.

D. Claud. Ó calla, ó vete.

Per. Es que desde el mes de Enero
del año pasado, estoy
como un esclavo sirviendo
al señor Don Claudio Perez,
y me ha dado en este tiempo,
á cuenta de mis salarios,
percances y emolumentos,
la cantidad de cuarenta
y dos reales: añadiendo
á esta suma unos calzones
verdes, que segun sintieron
los peritos...

D. Claud. Si no callas,
una zurra te prometo,
solemne.

Per. Zurra? Acabose.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
indigno lacayo vuestro,
tiene en su poder la suma
de tres mil y cuatrocientos
reales de vellon...

D. Claud. Qué dices?

Per. Por legítimo derecho,
habidos...

D. Claud. Calle! Con que?...

Per. Y no me pagais, y en premio
de mis servicios recibo
amenazas y denuestos,
y...

D. Claud. Periquito!

Per. Ya caigo.
Periquito, y á buen tiempo!

D. Claud. Si...

Per. No señor, se acabó:
Quiere irse, y *D. Claudio* le va deteniendo.
soy un vergante.

D. Claud. Dejemos
eso, y dime...

Per. Picardia!

A un hombre de mi talento
y mi probidad, tratarle
como no se trata á un negro!

D. Claud. Aunque no me lo des todo.

Per. Todo? Si, ya estoy en eso.

D. Claud. Pero siquiera...

Per. Este mozo

necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.

D. Claud. Entremos
á mi cuarto, y me dirás
por donde ha venido el cuervo.
y... Vamos, allí se hará
la distribucion.

Per. Veremos.

D. Claud. Pues que, no has de darme?..

Per. Poco.

D. Claud. Anda, que...

Per. El mucho dinero
es causa de muchos vicios.
Nos hace ingratos, soberbios,
insufribles, tontos...

D. Claud. Alguien
viene... Mira que te espero.

Per. Bien está.

D. Claud. Por Dios no dejes
de...

Per. Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII.

Perico. D. Luis.

D. Luis. Oiga! Ya estas por acá
buena maula? Que hay de nuevo
en Ocaña? Cómo dejas
á tu señor?

Per. Gordo y fresco.

D. Luis. Y qué hay en esa maleta?

Per. Nos vestidillos viejos
y otras cosuelas que traigo
á *D. Claudio*.

D. Luis. Si? Me alegro,
que ya está quasi desnudo.
No te han dado lista de ello?

Per. Si señor, ahí dentro viene.

D. Luis. Pues cuando la saques, quiero
que me la des. No lo olvides.

Per. Está muy bien.

D. Luis. Yo no entiendo
donde lo sepulta, ó cuando
lo gasta... Un vestido nuevo
de camelote, que trujo
de su lugar le ha deshecho?

Per. Señor, yo no sé.

D. Luis. Oh! tú nada
sabrás. Cuidado con eso.

Per. Con que, señor?

D. Luis. Con la lista.

Per. No lo olvidaré.

Se va con la maleta al cuarto de *D. Claudio*.

ESCENA VIII.

*D. Luis, despues Lucía.**D. Luis.* No puedo*Siéntase junto á la mesa.*tranquilizarme... Asegura
tanto mi hermano el suceso...Sí, mejores... La criada
podrá servir á mi intento,
la sorprenderé... No es cosa
antes de saber si es cierto...Pero, si lo fuese, y tantos
años y tantos desvelos
se malograen! Lucía.*(Llama.)*

Cual será mi sentimiento!

Oh! juventud! oh! temible
juventud!... Disimulemos.*Lucía.* Qué mandais, señor?*D. Luis.* Te hago

salir aquí, porque tengo

en la cabeza una idea,

y decirtela pretendo...

Sé tu honradez, y presumo
que contigo nada arriesgo.*Lucía.* Si señor, bien os podeis
fiar de mí.*D. Luis.* Así lo creo.

Ya has visto como D. Claudio

pasó de Ocaña á Toledo,

y habrás conocido bien,

como todos, el objeto

de esta venida; aunque á nadie

se lo dije, previniendo

lo que nos sucede ya.

Inés no le quiere, y veo

que el carácter de uno y otro

son de tal modo diversos,

que fuera temeridad

seguir adelante en ello.

Esto me da pesadumbre:

porque, si á Ocaña le vuelvo,

su padre lo sentirá.

Es mi amigo, sé su genio,

y tal vez podrá creer

que esta boda se ha desbecho

por mí; sin mirar las causas

que me han obligado á hacerlo.

Yo... Que quieres que te diga?

Por todas partes encuentro

dificultades... Mi hermano

tan obstinado, tan necio...

Sacrificar á su hija

de ese modo!... Te confieso

que á no saber con certeza

que Clara le tiene afecto,

y él la corresponde, nunca
hubiera pensado en ello;
pero pudiendo casarla,
con la ocasion que tenemos
en la mano...*Lucía.* Ya se ve,
en siendo un partido bueno.*D. Luis.* Pues, estamos... Y cual puede
hallarse mejor?*Lucía.* Es cierto.*D. Luis.* Ella conoce muy bien
los procederes violentos
de su padre: disimula...
Y que ha de hacer?*Lucía.* Tal empeño
de señor! Querer por fuerza

que se pudra en un encierro!

Pero, si, lo que ella dice:

un año falta lo menos

para profesar, y un año

da lugar á mil proyectos.

D. Luis. Si por esa friolera
que hubo esta tarde se ha puesto
furioso, desesperado...

Yo me levanté el primero:

escaché desde esa pieza,

y al cabo todo el misterio

no era nada... Si se quieren,

no han de procurar los medios

de hablarse? No es natural

que se aprovechen del tiempo

mas oportuno?

Lucía. Así es.*D. Luis.* Yo por mi parte la absuelvo...

Pero fue temeridad

esponerse á tanto riesgo:

porque si mi hermano llega

mas pronto y con mas silencio,

y descubre que es su hija,

de un golpe la hubiera muerto.

Lucía. Ay! señor! que todavia
no se me ha quitado el miedo.*D. Luis.* Ya se ve, como no tienen

ocasion... Cuando queremos

una cosa se atropella

por todo... Los devaneos

de los mozos no me admiran,

y aunque ya pasó, me acuerdo

que en mi juventud no fui

ningun Padre del desierto.

Lucía. Ella está que se desvive
por él.*D. Luis.* Yo no desapruebo
del todo esa inclinacion;

bien que el asunto es muy serio,
y se debe proceder
con madurez... Pero temo
no lo echen todo á perder...
Y cual es su pensamiento?

Lucía. Como salió D. Martín
á lo mejor, no hubo tiempo
de nada; pero el criado
de D. Claudio es muy travieso,
y él se encargará de todo:
porque predicar convento,
es necesidad.

D. Luis. Ya lo sé.

Lucía. Jamas ha pensado en ello.
Doña Clara; pero quiere
esperar la suya, y luego...

D. Luis. Ya se ve... Pero el criado,
que ha de saber? Que talento
tiene, ni que?.. No señor,
así no va bien... Yo espero
hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y, quedemos
en que á nadie has de decir
cosa ninguna.

Lucía. Os prometo
que no chistaré.

D. Luis. Cuidado
con hablar... Y tambien quiero
que si determinan algo,
me avises: porque recelo
que si no se les dirige
la yerren de medio á medio...
Son muchachos, no reparan
en nada... Pero silencio:
ya lo he dicho.

Lucía. Bien está.

D. Luis. Pues, vete, no te echen menos
tus amas.

ESCENA IX.

D. Luis, solo.

D. Luis. Cayó en el lazo.
Así podré contenerlos.
No se determinarán
á un atentado, creyendo
que estoy de su parte, y pueden
valerse de mi consejo
y mi autoridad... En tanto
no saltará algun pretexto
para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
que... Yo solo!... Harto difícil
ha de ser... Pero, que enredos (*Le-
vántase.*)
de niña! Que educación!

Que frutos vamos cogiendo!
Y Ines! Y mi pobre Ines!
Válgame Dios!

ESCENA X.

D. Luis. Perico.

D. Luis. Sacas eso?

Per. El qué, señor?

D. Luis. Esa lista
de la ropa.

Per. Aquí la tengo...

A ver si... Pues no está aquí.

En el cuarto me la dejo:
cuando vuelva...

D. Luis. Cuando vuelvas
me la has de dar, y no andemos
con escusas.

Per. Bien está,

señor, yo que gano en ello?

Si él me creyera... Oh! Bastante
le digo; pero que haremos?...

Ya se ve, los pocos años...

Y como tiene aquel genio
tan bondadoso y tan docil,
le llevan como á un cordero
aquí y allí... Pero yo
siempre duro. Unos consejos
le doy y unas reprehensiones
mas guapas!

D. Luis. Vete.

Per. Que gesto.

Con vuestra licencia.

Haciendo cortestas.

D. Luis. Vete.

No gusto de cumplimientos.

Vete.

Vase Perico por la puerta de la derecha.

ESCENA XI.

D. Luis. D. Martín.

D. Mart. Has salido de casa?

D. Luis. Si quieres algo, voy luego
á salir.

D. Mart. Solo que veas
si alguna razon tenemos
de Sevilla: y no te canses
en buscar en el correo
las cartas, que allí no hay nada,
ya está visto... Si á D. Diego
el Chantre no le han escrito
algo, ó... Mira, ahora me acuerdo.
Tal vez D. Juan, como tiene

amistad y parentesco
con los dos testamentarios,
sabr  decir que hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
ocupado en ese enredo
de las cuentas del mong o...
Es buena cosa, por cierto!
Que hasta el hacer penitencia
nos ha de costar dinero!
Adios... Pero, que salida

Hace que se va, y vuelve.
ha dado tu agudo ingenio
sobre el lance de esta tarde?

Ya se ve: los documentos
morales, la permitida
libertad, el trato honesto,
la contemplacion, el mimo
de su padre... No hay remedio:
que ha de resultar?... Precisos
infamias y desenfreno,
y escándalos...

D. Luis. Mejor es
callar.

D. Mart. Y procedimientos

D. Martín se pasea, D. Luis quiere res-
ponderle, y se contiene.

de libertinage... Y yo
soy tonto y soy majadero,
y no s  mi obligacion...
Ya se ve, como no leo
libros, y no s  de mundo,
ni tengo instruccion, ni entiendo
nada de cosa ninguna:
y con este humor tan negro
que Dios me dió, no es estra o
que incurra en mil desaciertos,
y haya educado tan mal
  tu sobrina. Yo siento
mucho, que la tonta quiera
vivir en un monasterio,
porque al lado de tu hija
pudiera en muy poco tiempo
adelantar... Estos hombres
sabios, doctos, estupendos,
que nada ignoran, y nadie
sabe lo que saben ellos,
que lástima, no aplicarlos
  Rectores de Colegios!

D. Luis. Vamos, Martín, no me apures
la paciencia... No podremos
vernlos jamas, sin que haya
quimeras y sentimientos?

D. Mart. Yo lo digo, como eres
tan letrado y tan...

D. Luis. Dejemos
eso, por Dios.

D. Mart. Y tan habil,
y... Vaya, si te molesto
callar .

D. Luis. S , me molestas.

D. Mart. Pues, de hoy mas, alto silencio.
Una cosa te queria
decir; pero ya la dejo,
  bien que   mí no me importa.

D. Luis. Y que cosa?

D. Mart. Un ebismo, un cuento.

D. Luis. Ser  algun otro delito
de Ires?

D. Mart. No, del caballero
de Ocaña, D. Claudio.

D. Luis. Y que?

D. Mart. Ayer encontr    un sugeto,
que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
mayor calavera: dice
que entre los bailes, el juego,
las meriendas en el rio,
las borracheras y escesos
cotidianos, ha gastado
todo lo suyo y lo ageno.
Que le han heredado en vida
chalanes, bodegoneros,
rufianes y pelanduscas.
Qué te parece?

D. Luis. Lo creo.

El muchacho es abonado
para todo.

D. Mart. Yo celebro
mucho tu serenidad.

D. Luis. Que quieres, que alborotemos
la casa?

D. Mart. No; pero...

D. Luis. A mí
nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le s  gozar;
si es un mal, busco el remedio,
y si no le tiene, s 
sufrir, y sufro en silencio.

D. Mart. Sentencias y mas sentencias,
muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes   tu querida
Inesita, al embeleso.

 e su padre. Adios. (*Hace que se va.*)

ESCENA XII.

Doña Ines, y dichos.

D. Ines. Señor...

Mucho me alegro de veros juntos.

D. Mart. Si? Pues nos verás separados al momento.

D. Martín quiere irse, y le detiene Doña Ines.

D. Ines. No señor, no os vais: delante de vos aclarar pretendo un engaño que me ofende.

D. Mart. Pues, sobrina, ahí te dejo á tu padre. Cuanto quieras le puedes mentir sin miedo: muchas tragaderas tiene, y tú un piquito muy bello. No haré yo falta.

D. Ines. Esperad.

D. Mart. Esperar? Pero á que intento? A escuchar disculpas?... Yo te disculpo y te concedo cuanto digas; y si quieres pegar á la casa fuego, por mi parte, libertad entera tienes de hacerlo.

ESCENA XIII.

D. Luis. Doña Ines.

D. Luis. Lloras Ines?

D. Ines. Pues, señor, no he dellorar? Como puedo sufrir una acusacion, que apoya con tal empeño mi tio?... Seré insensible...

D. Luis. Eres muy niña, y el tiempo te enseñará á conocer, con dolorosos ejemplos, que la inocente virtud es muchas veces objeto de la envidia, la venganza, y el encono mas perverso... Pero, Ines, para vencer todo su furor, tenemos una conciencia segura, y hay un Dios que la está viendo.

D. Ines. Padre!

D. Luis. Mi querida Ines!

Abrazando á Doña Ines.

D. Ines. Pero sabeis el suceso?

D. Luis. Lo sé, nada ignoro ya. Todo cuanto me dijeron contra tí, calumnia ha sido, Tu padre está satisfecho: quieres mas?

D. Ines. Eso me basta.

D. Luis. Era imposible un esceso tan culpable, en tu prudencia, en tu decoro, en tu honesto proceder... Con que ya ves que el llorar no viene á cuento: á no ser que... Pero no.

D. Ines. Que decís?

D. Luis. Que fueran celos.

D. Ines. Celos, y de quien? De un hombre tan aturdido, tan lleno de extravagancias?

D. Luis. Seria mucha locura, en efecto.

D. Ines. Bien sabeis lo que os he dicho acerca de él, lo que pienso de su conducta; y que solo pudiera vuestro precepto obligarme...

D. Luis. No, hija mia. Obligarte? No lo intento. Tu padre es tu amigo, y quiera que vivas feliz... Ni debo corresponder de otro modo, á tu amor y tu respeto. No te casarás con él: no será tu esposo un necio, sin virtud y sin honor. El sale.

D. Ines. Me voy adentro, si lo permitis.

D. Luis. Ni verle quieres?

D. Ines. Señor, no lo puedo remediar, es insufrible.

ESCENA XIV.

D. Luis. D. Claudio

D. Claud. Aun no se ha marchado el viejo? Que posma! *(Aparte.)*

D. Luis. Y que es lo que escribe tu padre?

D. Claud. Que se ha resuelto á venir, y que mañana por la noche nos veremos, ó esotro dia á comer.

D. Luis. Gran placer me da con eso.

D. Claud. Y á mí.

D. Luis. Somos muy amigos... Y habrá diez años, lo menos, que no le he visto... Si habrá.

D. Claud. Por qué no se estará quieto en su Lugar?

D. Luis. Qué decías? *(Aparte.)*

- D. Claud.* Nada: que estoy muy contento.
D. Luis. Pues es menester que tú, mañana, en amaneciendo, montes á caballo y vayas á recibirle. Este obsequio, como que sale de ti, le agradecerá.
D. Claud. Ya lo veo: pero yo... Si puede ser que se detenga en Ciruelos.
D. Luis. Y bien, allí le hallarás.
D. Claud. Es que el Cura es algo nuestro: como primo de mi madre viene á ser... Sí, dicho y hecho, primo... No hay mas que son primos.
D. Luis. Y que importa el parentesco para que salgas mañana?
D. Claud. Es que sí... Pero, no puedo ciertamente, por que...
D. Luis. Tienes que visitar al enfermo de anoche? Perico irá contigo... Ve disponiendo lo que hubieres menester. Si quieres mis dos podencos, te los daré.
D. Claud. Para qué tengo de llevar los perros?
D. Luis. Para cazar.
D. Claud. Yo no gusto de cazar.
D. Luis. Pues no por eso te detengas, no los lleses.
D. Claud. No es mejor estarnos quedos, si él al cabo ha de venir?
D. Luis. Pues porque ha de venir, quiero que salgas á recibirle: si no viniera, á que efecto era el salir?
D. Claud. Que manía! (*Aparte.*) Si estov sin botas.
D. Luis. Yo tengo botas, y te las daré: y espuelas; y silla, y freno y látigo... No hará falta nada, nada.
D. Claud. Lo agradezco. Y donde he de hallarle?
D. Luis. Tú sigue el camino derecho, y al cabo darás con él. Ello, es menester hacerlos: con que á las cuatro podrás salir, y gozas el fresco de la mañana.
D. Claud. Si está nublado.
D. Luis. No tengas miedo.
D. Claud. Y si en medio de esos trigos nos descarga un aguacero?
D. Luis. Llevad las capas.
D. Claud. Estoy tan malo...
D. Luis. De que?
D. Claud. De el pecho.
D. Luis. Aprehension! Luego que salgas al campo, te pones bueno.
Vase por la puerta del lado derecho.

ESCENA XV.

D. Claudio. D. Clara.

- D. Claud.* Se fue... Cuidado que es chasco! Se habrá visto tal empeño!
D. Clara. Aguardando que se fuera he estado: para poderos hablar.
D. Claud. Pero, y D. Martin?
D. Clara. Está en su cuarto escribiendo. no hay que temer.
D. Claud. No volvamos á la de marras.
D. Clara. Ya dejo centinela.
D. Claud. Pues, amiga, este D. Luis es un terco, pues no le ocurre al maldito...
D. Clara. Ya lo sé si he estado oyendo la disputa.
D. Claud. Y bien, ahora que se ha de pensar? Qué haremos? Mi padre viene... Por fuerza viene... Toma! Ya le siento llegar.
D. Clara. Por eso conviene aprovechar los momentos.
D. Claud. Pero si quiere que salga mañana.
D. Clara. Yo ya le entiendo. El nos quiere separar: es malicioso en extremo... Y el fuego de amor, D. Claudio, mal puede estar encubierto. Pero, en fin, á vos os toca, no á mí, procurar los medios mas conducentes. Obrar con actividad, y espero en Dios, que ha de coronar

- nuestros designios honestos.
- D. Claud.* Ya se ve, que aquí no vamos á hacer ningun gatuperio; sino á casarnos no mas, solo que yo me recelo...
- D. Clara.* Que recelais?
- D. Claud.* Que sé yo?
Pero, amiga, si me meto en este embrollo y despues lo huelen... Como tenemos tantos avizoradores encima, y como...
- D. Clara.* Que necios temores, en un amante?
- D. Claud.* Y como despues me queda solo: porque Periquillo se va sin falta.
- D. Clara.* A qué efecto se va, ó adonde?
- D. Claud.* A Madrid: sobre encargos que le ha hecho mi padre, y para que lleve al Abogado unos pliegos, que importa que no se pierdan. Porque, como tiene el pleito con el Alcalde mayor dos años ha, sobre aquello de la viña del juncar... Y el Agente es un mostrenco, que está la mitad del año fuera y la mitad enfermo; quiere que Perico vaya, á ver...
- D. Clara.* Y lo dejaremos asi, D. Claudio? Y si el otro se va, no tendreis aliento para nada?
- D. Claud.* Sí, señora, pues ya se ve que me atrevo, á cualquiera cosa... A todo... Pero, es menester primero ir allá, á casa de un quidam, para que le consultemos...
- D. Clara.* Pues, D. Claudio, en tales casos la prontitud, el secreto y la prudencia...
- D. Claud.* Prudencia!
Bastante prudencia tengo; lo que sobra... Pero el diablo lo enreda, y...
- D. Clara.* Mirad, que el tiempo es precioso, que mañana os vais, que viene á Toledo vuestro padre: á mí me quieren sepultar en un convento... No nos veremos jamas, y me perdereis, y os pierdo.
- D. Clara.* Pues bien, al instante voy á salir, á ver si encuentro á ese mu hicho.
- D. Clara.* Avisadme de lo que hubiereis dispuesto.
- D. Claud.* De preciso.
- D. Clara.* No perdais la fortuna que os ofrezco; hagamos las diligencias, y obre Dios.
- D. Claud.* Es gran proyecto! Pero no se ha de lograr.
- D. Clara.* Y si nosotros queremos, quien lo ha de impedir? Mi padre se pondrá furioso, y luego habrá de ceder... Si acaso temeis que os azote el vuestro...
- D. Claud.* Que me ha de azotar!.. Sí, toma! Mi padre es un pobre viejo, con mas vanidad y mas trampas! Y anegado en pleitos, que le desuellan... D. Luis no sabe palabra de esto. Pero, amiga, sino fuera porque es del Ayuntamiento, y á cuantos encuentra al paso los lleva á la carcel presos, y luego sudan... Por fuerza! Para salir, no hay remedio... Y el año que por desgracia no multamos, no comemos.
- D. Clara.* Pues, bien, qué os detiene?
- D. Claud.* A mí me detiene... Yo me entiendo: porque, al cabo, es un embrollo del demonio, y tengo un miedo de que...
- D. Clara.* Bien está, D. Claudio. Si vuestro amor fuera cierto, él diera resolucion para mayores empeños. Ya os conozco. Bien está.
- En ademán de irse, D. Claudio la detiene.*
- D. Claud.* Clarita, vaya.
- D. Clara.* Perverso!
- D. Claud.* Morenilla.
- D. Clara.* Seductor!
- D. Claud.* Oye.
- D. Clara.* No, no quiero veros.
- D. Claud.* Calla, pobrecita mia.
- D. Clara.* Dejadme. Adios.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

*Perico, despues Doña Clara.***Per.** Rendido estoy. Que malditas*Siéntase.*

callejuelas! empinadas,
 tuertas, angostas... Por cierto
 que los trabajos que pasa
 el que sirve á un loco!... Pero,
 como dicen en Ocaña,
 á buen bocado, buen grito.
 Oh! señorita!

*Sale Doña Clara. Perico se levanta.***D. Clara.** Aquí estabas?**Per.** Vengo en busca de D. Claudio,
que me dijo...**D. Clara.** No está en casa.**Per.** Si me dijo que viniese
volando, que me esperaba...**D. Clara.** Pues no ha venido.**Per.** A buscarle.*Hace que se va, y vuelve.***D. Clara.** Pero, en qué estado se habían
esas cosas? Qué ha resuelto?**Per.** Ay! señora de mi alma!
que D. Luis nos descompone
nuestro plan.**D. Clara.** No temas nada.

Per. Ay! señora, que mi amo
 en cada paso se atasca,
 se atolondra... Hemos corrido
 la ciudad y su comarca,
 buscando á un cierto D. Lucas:
 muy amigo y camarada,
 hombre de bien si los hay,
 que para estas zalagardas
 de bodorrios clandestinos,
 no tiene igual en España.
 Le hablamos, nos dió un consejo,
 y en verdad que no se halla
 otro mejor.

D. Clara. Pues á mi
 me ocurre... Si... Y eso basta.
 Una obligacion...

Per. Seguro.
D. Clara. De matrimonio, firmada
 por los dos...

Per. Pues, si es la idea
 de D. Lucas.

D. Clara. Si llegara

D. Claud. Acabemos.
 de una vez esas angustias,
 y haya paz.

D. Clara. Ay! Como puedo
 hallar paz, si el corazon
 se rompe dentro del pecho!
 Que lejos estaba yo
 de saber amar, que lejos!
 Sola, ignorante, apartada
 de los lazos lisongeros
 que ofrece el mundo, quien pudo
 hacer que cayera en ellos?
 Por vos mi quietud perdí:
 por vos, ingrato, me veo
 apartada de la senda
 de perfeccion, y este ciego
 amor me arrastra, y no deja
 lugar al entendimiento.
 Que desengaño!... Y que tarde
 viene!... Pero, á quién me quejo?
 Yo soy la culpada... Quise
 á un hombre, y este es el premio...
 Son fementidos, y vos
 falso mas que todos ellos,
 cobarde, inflexible al llanto
 de una infeliz.

(Llora.)

D. Claud. Por San Pedro,
 que no sé lo que me pasa,
 ni á que son esos estremos.
 Si digo que voy allá:
 que entre los dos... En efecto,
 ello, hoy mismo se ha de hacer,
 y aunque despues eche ternos
 vuestro padre, y rabie el mio,
 y D. Luis se caiga muerto;
 si nos casamos, de todo
 lo demas se me da un bledo.
 Yo no haya mas, ni lloreis
 así, que ya me entenecezo...
 Cáscaras! Si estoy que no
 me llega la ropa al cuerpo,
 hasta ver en que quedamos...
 voy á la consulta, y vuelvo.

*Se va D. Claudio por la puerta de la de-
 recha. Doña Clara, sonriéndose, se enju-
 ga las lágrimas, y se va por el lado
 opuesto.*

D. Clara. Anda con Dios... Ya parece
 que se le ha quitado el miedo.
 Valen mucho unos suspiros,
 bien ponderados y á tiempo.

el caso de que mi tio
maliciase lo que pasa;
hecho y firmado el papel...

Per. Hatillo, y salto de mata.

D. Clara. Bien, que... Mira, de ningún
modo ha de salir mañana.

Per. Se entiende.

C. Clara. Y si nos apuran,
fuga, depósito...

Per. Oh! Clara,
prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.

D. Clara. Si le falta
dinero...

Per. No ha de faltarle?

Pues bolsa mas apurada
que la suya, quién la vió?

D. Clara. Yo tengo algunas alhajas:
que empeñar, cuyo valor
para cuanto ocurra alcanza:
y una vez fuera de aquí,
y libre de esta canalla
que me cerca... Solo siento,

Viendo Doña Clara á D. Martín que aso-
ma por la puerta de la izquierda, fingiendo
no haberle visto, prosigue sin turbarse lo
siguiente del dialogo, mudando el tono y
la acción.

sábelo Dios!... que no hayan
seguido mi parecer.

Yo he querido ser desoalza:

porque á mas austeridad,
mayor corona se agnarda...

Pero, en mí no hay albedrío,
y debo hacer lo que manda
mi papá.

Per. Y, á qué demonios
viene?... Hay hembra mas bellaca!

Ve á D. Martín, y finge igualmente no
haberle visto.

Y dice bien, que es locura.

Una niña delicada:

como vos... Eh! no señora.

Las penitencias relajan

la salud siendo escésivas;

y no es mala circunstancia

para ser bueno, estar bueno.

Ya probareis lo que anda

por allá, y en siendo Monja

negra, cenicienta, ó blanca,

calzada y todo; vereis

que trabajillos se pasan.

Es cosa de chirinola,

vivir siempre emparedada?

Sin una pizca de coche,
sin un palmo de ventana?

Comer en cifra y cenar
acelgas y remolachas?

Ahí es un grano de anís!

Y si echais la sobre carga
de mas ayunos, mas rezos,
silicios y zurrihandas,
no hay Monja para dos dias.

D. Clara. Con ese lenguaje engaña
el enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y árdua
la senda del bien, y así
del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

D. Martín. Doña Clara. Perico.

D. Mart. Vamos, niña, ya te he dicho
que esos extremos me cansan.

Pues, no, bien claro te habló
el Padre Fray Gil. No es nada!
Capuchinita se quiso

meter! es cosa muy santa,
quién lo duda? Pero debes

considerar, que no alcanzan
todas una resistencia
tan grande y tan continuada
como allí se necesita.

Que la sucedió á Sor Blasa
de la Transverberacion?

Bien te acuerdas, que muchacha
tan robustona, tan fuerte...

Perdió el color, y las ganas
de comer... Vómitos, flatos,

ya la purgan, ya la sangran,
ya va mejor, ya peor;

al año y medio que estaba
en el convento, murió.

Per. D. Martín, aconsejadla:
desimpresionadla bien.

D. Mart. Quién eres tú?

Per. Soy de casa.

Periquillo.

Hace una cortesía, y se va por la puerta de
la derecha.

D. Mart. Ah! si, el criado

de Don... Adios. Buena traza

tiene este mancebo... No,

y en lo que te dijo hablaba

como un libro. Con que, vamos:

ya te he dicho que no hagas

calendarios, eh! Que es á

tristona y desmejorada

de pensar en eso. Entiendes?

que hoy Viernes, será muy larga.

D. Clara. Si señor.

D. Mart. Después que vayas conociendo aquellas cosas, le darás á Dios mil gracias de estar allí. Y no te empieces luego con extraordinarias penitencias á afligir, no señor... Ser moderada, obediente, calladita; acudir á lo que mandan las Superiores, tratar á las otras como hermanas...

D. Clara. Si lo son en el Señor.

D. Mart. Pues por eso digo. Amarlas mucho... Y no meterse en chismes ni rencillas, nada, nada de eso. Ser muy puntual en todo aquello que encarga la regla; que en esto solo estriba el ser buena y santa. Porquesi no el enemigo...

D. Clara. Ay! el enemigo!

Fingiendo escensiva timidez.

D. Mart. Aguarda la ocasion, y...

m. Clara. Dios nos libre!

D. Mart. Lazos y redes nos arma.

D. Clara. Como el traidor solo busca la perdicion de las almas, la carne es fragil, y el siglo todo engañosas y trampas... Ay! papá!

Asiendo de las manos á D. Martín.

D. Mart. Calla, hija mia, ten resolucion, que el diablo se vuelve á puertas cerradas, como dijo el otro.

D. Clara. Somos tan débiles!

D. Mart. Vaya, vaya, no mas... Que diantre!... No puede uno decir la palabra sin que... Pobrecita!... Eh! voy (*ap.*) á ver si tenemos cartas de Sevilla. Se lo dije á mi hermano, y como gasta aquella sorna, me hará rabiarse, antes que las traiga.

D. Clara. La mano papá.

Se arrodilla, y le besa la mano

D. Mart. Adios, niña.

D. Clara. El nos conserve en su gracia. Voyme á la oracion mental,

ESCENA III.

D. Martín. D. Claudio.

D. Mart. Esto se llama virtud:

lo demas es patarata.

Ya se ve, todo consiste

en una buena enseñanza.

Hombre, que!... Pero por qué

Aluse D. Martín por la puerta de la derecha tropieza con D. Claudio, que sale apresuradamente.

no miras?...

D. Claud. No reparaba.

D. Mart. Renarar.

D. Claud. Vengo de prisa.

D. Mart. Calavera!

D. Claud. Como entraba de prisa.

D. Mart. Y á qué vendrán esas prisas?

D. Claud. Quien pensara que estuviera tan al paso?

D. Mart. Badulaque!

D. Claud. Nada falta, si no que Perico venga, y acabemos la maraña.

Periquillo, estás ahí?

Se entra á su cuarto y cierra por dentro.

ESCENA IV.

Doña Clara. Don Luis.

D. Clara. D. Claudio... digo... Yo entrara, Se encamina al cuarto de D. Claudio, halla cerrada la puerta, duda, y observa por un lado y por otro si alguien la ve.

pero... Cerró... No, no puede ser... Si me espero á que salga...

Todo es peligrosos! Que vida ésta, tan desesperada!

Presa, oprimida: estudiando *templum templi* y *luudo laudas*.

y quis vel qui... Pero, no, no perdamos la esperanza; por hoy paciencia, que ya será otra cosa mañana.

Pues, no lo dije?

Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues D. Luis.

D. Luis. Qué buscas?

D. Clara. Valgame Dios!

Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse y D. Luis la detiene.

D. Clara. Buscaba

una estampa muy devota,
que me dió el Padre Berlanga
y ni sé donde la... Ni...

Cuanto siento no encontrarla!

D. Luis. Te vas? Ven aquí.

D. Clara. Señor.

D. Luis. Ven acá. Por qué te estrañas
así? Cuando nos juntamos
en la mesa, no me hablas,
y despues, ó estás metida
en tu cuarto, ó si me hallas
huyes de verme... Qué es esto?
Conmigo tan enfadada?

D. Clara. Enfadada? No señor.

D. Luis. Al tiempo que te separas
de tu familia, y nos dejas
para siempre, así me tratas?

D. Clara. Perdon, mi querido tio,
Quiere arrodillarse, y **D. Luis** lo estorba
perdon.

D. Luis. Ay! niña, levanta;
que no gusto de eso. Dime...
Pero quisiera que hablaras
con ingenuidad. Estás
contenta?

D. Clara. Siento en el alma
un gozo, que no es posible
explicarle con palabras.

D. Luis. Yo presumí que el temor
á tu padre, fuera causa
de callar y darle gusto;
aunque hubiese repugnancia
en tí.

D. Clara. Cómo? No señor.

D. Luis. Las hijas bien educadas,
hacen tales sacrificios
muchas veces.

D. Clara. En mí falta
ese mérito.

D. Luis. Por qué?

D. Clara. Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre y sigo
mi vocacion.

D. Luis. Cosa estraña!

D. Clara. Pues esto os puede admirar?
No lo entiende.

D. Luis. Una muchacha
bonita, de genio alegre,
que por instantes aguarda
heredar un patrimonio
en que mire asegurada
su fortuna; se desprende
de todo, renuncia tantas

felicidades, se encierra
en una celda, se aparta
del mundo? No hay medio: ó es
muy embustera, ó muy santa.
Pero, dime, si no es esa
tu inclinacion, por qué engañas
á quien te puede servir?
A quien te quiere en el alma,
á pesar de tus defectos?
Aun no te dan estas canas
bastante seguridad?

D. Clara. Pero, quien os dice?...

D. Luis. Ingrata!

D. Clara. Por cuantos medios procura
el enemigo, que eaiga
en el pecado!... Pues, no,
no ha de rendir mi constancia;
que Dios...

D. Luis. Oyes, niña mira
que yo no gusto de mañas.
A mí te vienes con frases
de mision?... Eh! No me hagas
enfadar, ni así perdamos
el tiempo en locuras vanas.
Es menester, hija mia,
que tengas mas confianza
de mí. Si te salto yo:
quien con mayor eficacia
con mas cariño, sabrá
defenderte de la estraña
tenacidad de tu padre?
Vencer su cólera, y cuantas
ocasiones se presenten
oportunas, emplearlas
en tu favor?... Este empeño,
nacido de su ignorancia,
y el plan que has seguido, haciendo
la gazmoña y la beata:
te han reducido á tal punto,
que no sé yo cómo salgas.
Pero, al fin, es tiempo ya
de que se acabe esta farsa:
es tiempo de que conozca
tu padre, que no te agrada
la vida contemplativa;
que tu inclinacion te llama
á otro estado, en que podrás
vivir, contenta y honrada,
y servir á Dios, sin tocas,
sin hábitos, ni alpagatas,
como buena madre y buena
esposa y buena cristiana.

D. Clara. Yo! Qué decis!...

D. Luis. Si no quiere

D. Luis. Que?

entenderlo, si desbarra,
como suele, en mí tendrás
todo el apoyo que basta,
y... Vamos, es menester
no hacerse la mogigata,
no mentir, no aparentar
perfecciones que te faltan...
Tenerlas, ó no fingirlas.

D. Clara. Pero, señor...

D. Luis. Si llegaras
á ocultar (que no es posible)
toda la flaqueza humana,
con diabólico artificio,
que el vulgo ignorante aplauda;
aunque seduzcas al mundo,
infeliz! á Dios no engañas.

D. Clara. Pero, no sabré de donde
nace este error? Que malvada
lengua os informa de mí?
Quien me calumnia y me infama?
Pero, no... Yo la perdono:
es mi prima y eso basta,
y antes perderé la vida
que ofenderla.

D. Luis. Que artimaña
es esa? A qué viene ahora
mezclar á tu prima en nada?

D. Clara. Es muy diverso su modo
de pensar: es muy contraria
á su conducta, la mía.
Cada accion, cada palabra
que advierta en mí, pensará
que es una censura amarga
de sus deslices... Que mal
me conoce! Que mal paga
mi cariño!... Pues si somos
frágil barro, quen estraña
que ceda á la tentacion
el mas prevenido y caiga?
Y cuando para sufrirla,
los vínculos no bastaran
de la sangre, olvidaria
yo la caridad cristiana?...
No sabré (si Dios me asiste)
padecer y perdonarla?

D. Luis. Acabemos, lengüecita
de vibora, que me falta
ya el sufrimiento... Si quieres
hacer el papel de santa
bendita, con ese amor
y esa caridad que gastas;
vete, que en vez de engañarme
cólera y tedio me causa...

D. Clara hace una reverencia en ademán
de irse. **D. Luis** la coge de la mano, se
reprime, y la habla con expresion cariñosa.

Mi amistad, mi proteccion
te ofrezco, y todo se acaba;
si quieres ser con tu tio
humilde, sencilla y franca.

Yo disiparé el peligro
urgente que te amenaza:
yo haré que ni la opinion
pública te culpe en nada;
ni tu padre se disguste
á vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
de buena sangre, de honradas
prendas, y alguno hallaremos
para ti.

D. Clara. Que temeraria
proposicion!

D. Luis. Como?

D. Clara. Yo,
señor?...

D. Luis. Pues qué?

D. Clara. Yo casada?

D. Luis. Con que no?

D. Clara. Conozco y huyo
las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

D. Luis. Bien está.

Inquieto, y reprimiendo el enojo.

D. Clara. Que no se cansa
de amar.

D. Luis. Muy bien.

D. Clara. Y con premios
eternos, corona y paga
los afanes de esta vida
transitoria.

D. Luis. Sí, pues, anda...
Vete de aqui... Y nunca, nunca
me vuelvas á hablar palabra...

D. Clara. Bien, señor.

Hace una cortesia, y se va.

D. Luis. Nunca: porque
no sé si tendré templanza
para sufrirte... Embustera!...
Oh! virtud, como te ultrajan!

ESCENA V.

D. Luis. Perico.

Per. Ahí he encontrado en la puerta
á un mozo con esta carta,

Le da una carta.

de parte de... Como dijo?...

De...

D. Luis. De D. Juan de Miranda?

Per. Cierto... Que ha venido inclusa en otra, que le enviaba el mismo sugeto.

D. Luis. Si.

Per. Que perdoneis la tardanza: porque hoy ha comido fuera, y no ha vuelto por su casa hasta las tres.

D. Luis. No te ha dicho

D. Claudio...

Per. Lo de la marcha?

Si señor, si ya está todo prevenido.

D. Luis. La criada se levantará temprano...

Oyes, y quiero que vayas con él, entiendes?

Vase Don Luis por la puerta del lado izquierdo.

Per. Ya estoy.

ESCENA VI.

Perico. D. Claudio.

Per. Calle! que tiene cerrada

Se acerca á la puerta de D. Claudio, y hallándola cerrada, llama.

la puerta. Señor... Perico.

D. Claud. Vamos, que ya te esperaba con impaciencia.

Per. Y qué ha habido?

D. Claud. Que está la paz ajustada con el Prendero. El se lleva las cosas algo baratas; pero, al cabo, yo no habia de poder desempeñarlas, con que... Y sobre todo, habiendo apuros, nadie repara. Y la vieja?

Per. Mi señora

Doña Brigida Menchaca, viuda reverenda, dice: que hará lo que se la manda, por caridad, por serviros, porque no quiere que haya escándalos.

D. Claud. Muy bien.

Per. Pero, digo, que allí no se trata mas de que por una noche tenga la niña posada segura, y al otro dia, testigos, clérigo, y arda

Bayona.

D. Claud. Pues ya.

Per. Y supongo que tenemos despachada la escritura del papel.

D. Claud. Aquí está.

Da un papel á Perico.

Per. Viveza estraña!

D. Claud. Ahí he puesto los regalos que la hago yo. Doña Clara pondrá lo que á mí me dé, firma luego, y santas pascuas.

Lee el papel y le guarda.

Per. Yo. *D. Claudio Meliton, Perez y Perez, Caballero Hijo-dalgo, natural de Ocaña, y yo Doña Clara Francisca Bustillo, doncella Toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomuna la presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amen. Y amen de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, &c. = Yo Don Claudio Meliton, Perez y Perez, Caballero Hijo-dalgo, natural de Ocaña. Lindamente, y está todo dicho con suma elegancia. Son estas las frioleras?*

D. Claudio saca un envoltorio de papel y Perico le guarda.

D. Claud. Esas son.

Per. Pues, á buscarla.

En ademan de irse.

ESCENA VII.

Lucía. D. Claudio. Perico.

Per. Que tenemos, chica?

Lucía. Sólo

deciros, que Doña Clara está que se desespera.

Per. Pues ya voy á consolarla.

Lucía. Dice que si habeis resuelto algo...

Per. Y mucho, y que no falta

ya, si no... Di, la Inesita
Hace que se va, y vuelve.
 y su padre están de guardia,
 de modo que yo no pueda
 entrar, sin llevar setana?

Lucía. No temas.

Per. Es que el señor.

D. Luis, con aquella pansa,
 le tengo un miedo cervical.

Lucía. Cuando he venido quedaba
 en su cuarto, Doña Ines
 está cosiendo en la sala
 del jardín.

Per. Si? Pues logremos
 la ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

D. Claudio. Lucía.

Lucía. Y qué habeis dispuesto?

D. Claudio. Yo,
 muger, no dispongo nada...
 Ello, ó me caso, ó el diablo
 viene y tira de la manta.

Lucía. Es que D. Luis... Pero, cuenta,
 que os lo digo en confianza...
 Cuidado.

D. Claudio. Bien.

Lucía. Ya lo sabe
 todo, y como.

D. Claudio. Que desgracia!

Lucía. Lo sabe; pero..

D. Claudio. Lo sabe?

Vamos, ya me...

Lucía. Es que mi ama...

D. Claudio. No hay que hacer... Somos perdi-
 Preciso... Salto de mata... (dos.)
 Qué tengo ya que esperar?

Lucía. Pero, escuchad lo que pasa,
 y despues...

D. Claudio. Ciento, y despues
 vendrá el viejo, se lo planta
 el otro viejo, y me meten
 entre puertas, y...

Lucía. No hay nada
 de eso. Al contrario. D. Luis
 está en serviros, y trata
 de que os caseis.

D. Claudio. Pues ya estoy:
 por eso es toda la rabia.
 Porque él me quiere casar
 con aquella remilgada
 de Ines, y yo no la quiero.

Lucía. Si no es eso.

D. Claudio. Y lo callabas,
 muger? Y no me lo has dicho.
 dos horas ha? Corre, llama
 á Perico.

Lucía. Si no es eso.

D. Claudio. Voy á ver si en la posada
 encuentro mulas... Sí, vamos,
 si yo lo premeditaba,
 si lo dije, si Perico
 me ha metido en esta danza.

Lucía. Si no me quereis oir,
 si es locura declarada
 la que teneis. Si D. Luis
 está de enojo que salta
 contra su hermano, por que
 mete Monja á Doña Clara.
 Si el mismo D. Luis me ha dicho
 que era mejor os casarais
 con ella: si me mandó
 que no os dijera palí bra,
 porque él sabrá disponerlo
 con su hermano, sin que haya
 peloteras, y os caseis
 de bien á bien. Si él se encarga
 de todo: á que viene ahora
 esa furia?

D. Claudio. A que pensaba
 que... Pero, es cierto, Lucía!
 No puede ser, tú me engañas.

Lucía. No señor.

D. Claudio. Con que es verdad?

Lucía. Yo se lo he dicho á mi ama...

D. Claudio. Y qué dice?

Lucía. Como está
 con D. Luis tan enfadada,
 no lo ha querido creer.

D. Claudio. Pues ya se ve, que eso es maula.

Lucía. No señor.

D. Claudio. Pues yo te digo
 que si.

Lucía. Pues yo me fiara
 de él, y fuera lo mejor.

D. Claudio. Lo mejor fuera afuirlas...
 No hay que hacer, si todas son
 astucias y maniganzas
 de este D. Luis, ó este inferno.

ESCENA IX.

Perico. Lucía. D. Claudio.

Per. Ya tenemos despachada
 esta comision. Lucía,
 la Religiosa te llama

para no sé que envoltorio,
corre.

Lucía. Allá voy.

D. Claud. Mira, aguarda.

D. Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos, Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darle. Al fin de la escena D. Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.

Lucía. Qué mandais?

D. Claud. Yo te diré.

Lucía. Ya llegó la suspirada flota. Ya tengo pañuelo.

D. Claud. Me parece á mí...

Lucía. Qué guapa estaré con él!

D. Claud. Quisiera...

Es verdad que Doña Clara...

Lucía. Y qué tiene que ver ella con eso?

D. Claud. Ya, pero...

Lucía. Vaya, señor, si ha de ser.

D. Claud. Al cabo, ello...

Lucía. Me le haré de gasa.

D. Claud. Pero no, no nos metemos en camisa de once varas. Vete, vete.

Lucía. Haya pelon!

ESCENA X.

D. Claudio. Perico.

D. Claud. Y el papel?

Per. Ella le guardó.

D. Claud. Y qué te dió?

Per. Veislo aquí.

Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.

Cosas tuyas! Tres medallas,
un par de ligas manchegas,
una cruz de Caravaca,
estas dos santas Teresas
de barro, y una navaja.

D. Claud. Bien... Pero, qué te parece? Heinos de salir mañana?

Per. No, per cierto.

D. Claud. Y si D. Luis aprieta?

Per. Buenas palabras.

Que está bien, que es grande idea,

que sin que él os lo mandara,
lo hubierais hecho, que apenas
haya luz, saldreis de casa.

D. Claud. Y luego?

Per. Y luego cenais,

buenas noches y á la cama.

Y despues, cuando esté toda
la familia sosegada:

inquietud, sudor, hostezos,
horripilacion y bascas.

Me levanto, enciendo un cabo,

hago estrépito, se alarman

todos... Qué será? Si es flato,

si es cólico, si es terciana,

si... Yo os untaré á menudo

ó con manteca de vacas,

ó con aceite, ó con algo

que huela y pringue las mantas...

Y cuando amanezca Dios

(esto es, á las once dadas)

os sentis algo mejor:

comeis poquito y sin ganas,

hablais con voz enfermiza,

dormis una siesta larga,

y os quedais, como si todo

hubiera sido una chanza.

D. Claud. Oh! como tú no me saltes,
ningun peligro me atasca.

Per. Sí, pero no os atasqueis
tampoco, aunque yo me vaya:
porque no hay duda, he de irme.

D. Claud. Tan presto?

Per. De madrugada,
no hay remedio. Ese maldito

Demandadero me ataja

las callejuelas... Si vuelve

segunda vez y me halla,

nos destruye... Ahí en la esquina

le vi que se encaminaba

hácia acá: pude lograr,

diciéndole no sé cuantas

mentiras, que se volviese.

Pero, si cojo la rauta,

entonces, ancha es Castilla...

Ah! si, ya no me acordaba

de que hay que buscar los trastos.

Voy allá...

D. Claud. Para que?

Per. Para

que D. Luis se tranquilice,

viendo que ya se preparan

los chismes de cabalgar.

El que xive de la trampa,

mi D. Claudio, es menester

que no se descuide en nada.

Vase al cuarto de D. Claudio.

ESCENA XI.

*D. Claudio. D. Luis, despues
D. Martin*

D. Luis. Mucho sentirá mi hermano

D. Luis saca un papel en la mano.
esta novedad... Tú estabas
aquí?

D. Claud. Si señor... Que diantre
de papel será el que saca?
Cuanto va...

D. Luis. Déjame solo.

D. Claud. Cuanto va que la muchacha
se le ha dejado pillar?

D. Claudio se entra en su cuarto.

D. Luis. No sé que medios me valgan
para templarle. Un caracter
como el suyo, que no guarda
moderacion; ni previene,
ni tolera las desgracias.
El viene aquí.

D. Mart. Ya me han dicho
que has recibido una carta
de Sevilla... Yo no entiendo...
A mí no me escriben nada,
ni una letra.

D. Luis. Sí, por qué
ha ocurrido una mudanza
bien imprevista... Dijiste
al primo que se casaba
Inesilla?

D. Mart. No por cierto.
Solo le escribí, que Clara,
manifestando deseos
de ser religiosa, estaba
resuelta á empezar muy pronto
su noviciado, y que...

D. Luis. Y basta
eso, para conocer
que tuvo razon sobrada
de revocar su primera
disposicion.

D. Mart. Con que... Vaya?
Pues... A ver...

D. Luis. Toma.

Le da el papel á D. Martin.

D. Mart. En efecto:
es una botaratada
de aquel hombre... Siempre fue
medio loco... Quien pensara

*Despues de haber leído, tira el papel sobre
la mesa.*

esta salida, despues
de tanto esperar y tantas
promesas!... Si me escribió,
habrá dos ó tres semanas,
diciéndome que sus males
no le daban esperanzas
de vida, que ya tenia
todas sus deudas pagadas,
y arreglado el testamento:
que á Clarita la dejaba
por heredera, y que... Yo
respondi dándole gracias
como era razon...

D. Luis. Y en vista
del aviso que le dabas,
debió de reflexionar
que estando determinada
Clara á ser Monja, seria
inútil favor nombrarla
en el testamento; y quitó
que su prima Ines gozara
de esta merced, pues está
sin colocar... No es estraña
resolucion.

D. Mart. Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
lo merece... Bribonaza!
Desenvuelta!... Así va el mundo.
La prenda de mis entrañas,
la pobrecita, quedar
de esta manera burlada!...
Y el otro bruto, salimos
al cabo con la zanguanga,
de que no lo necesita.
Y que á mí no me hace falta?

ESCENA XII.

El Tio Juan. D. Luis. D. Martin.

Tio Juan. Muy buenas tardes, señores,

D. Mart. Qué tenemos?

Tio Juan. Que me manda
venir la Madre San Pedro,
á decir á Doña Clara,
que mañana por la tarde
la Aragonésita ensaya
al órgano el Villancito,
que han de cantar en la octava...
Es aquel de: Pastorcillo,
Pastorcillo, come y calla,
come y calla... Con que dijo

que viniera y avisara
para que...
D. Mart. Bien.
Tio Juan. Pero qué
diré?

D. Mart. Que bien, que mañana
irá por allá.

Tio Juan. Os han dado.
Hace que se va, y vuelve.

una esquelita firmada
de la Abadesa?

D. Mart. Tambien.

Tio Juan. No lo digo porque haga
falta, sino...

D. Mart. Ya llevé
el dinero.

Tio Juan. Es que me encarga
la Abadesa...

D. Mart. Qué encargó?

Tio Juan. Que os dijera: que no es tanta
la urgencia, que haya de ser
hoy mismo.

D. Mart. Desatinada
prevención... Si ya le he dado
el dinero.

Tio Juan. A quien?

D. Mart. Machaca!

A D. Sempronio.

Tio Juan. Y quien es.

D. Sempronio?

D. Mart. Que pesada
taravilla de preguntas!
Vaya que el hombre me cansa
de veras!

Tio Juan. Pero...

D. Mart. Al hermano
de D. Lorenzo... Aun no acaba
de entenderlo.

Tio Juan. Es que no tiene
tal hermano.

D. Mart. Es que me enfada
de veras, el señor Juan.
Váyase de aquí, qué aguarda?

Tio Juan. Señores, lleveme Dios,
si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.

D. Mart. Sobre qué viene con ganas
de impacientarme... Si digo
que estuvo conmigo, vaya,
qué replica?... Es uno cojo,
tuerco, cargado de espaldas,
gangoso, muy hablador.

Tio Juan. Gangoso!... Si en esta sala
di yo el papel á un mocito...

La verdad, yo estoy en brasas...

Quise volver, y le hallé
ahí cerca. Dijo, que estabais
fuera, dije: que vendria
despues, dijo: que excusara
el venir, porque estas noches
no soleis cenar en casa,
y no os venis á acostar
hasta las doce, muy largas.

Con que yo...

D. Mart. Pero, no ves
cuanto disparate ensarta
este menguado?

Tio Juan. Si el otro
fue quien me dijo...

D. Luis. Apostara
que te han hecho alguna burla.

D. Mart. Qué burla? Si es que desbarra
ese infeliz, y no sabe
lo que está diciendo.

D. Luis. Calla,
que hemos de ver si... Perico.

Per, Señor.

Responde desde adentro.

D. Luis. Perico.

ESCENA XIII.

Perico, y dichos.

Per. Quien llama?

*Al ver al Tio Juan se sorprehende, y hace
ademán de buscar algo debajo de la mesa y
entre las sillas.*

Tio Juan. El es sin duda... No hay mas,
que es él.

Per. No sé donde paran
estas espuelas...

D. Luis. Escucha
un recado.

Per. Estan atadas
con un cordel.

Quiere volverse á entrar en el cuarto de

*D. Claudio, pero D. Luis le trae, asien-
dole del cuello.*

D. Luis. Oye aquí
primero.

Per. Voy á buscarlas.

D. Luis. Quien es aquel D. Sempronio,
que dijo que le enviaba
la Abadesa?

Per. Yo, señor,
qué he de saber? No sé nada.

D. Luis. Con que no?

Per. Cierito que no.

D. Luis. Si no lo dices, canalla,
te he de hacer ahorcar.

Per. No mas?

D. Mart. Dilo al instante.

D. Luis. Despacha.

Per. Ah! Demandadero indigno,
que vanderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

D. Luis. Vamos: cuando esta mañana
vino el señor, á quién dió
la esquila?

Per. Bien escusada
pregunta! Pues no lo ha dicho?
A mí.

D. Mart. Y el otro fantasma,
que vino por el dinero?

Per. Yo fui.

D. Mart. Con aquella pata?

Per. Sí, señor, y con aquel
parche y aquella casaca.

D. Mart. Picaron!... Cosa mas...

D. Luis. Di:
y el dinero en dónde para?

D. Mart. Qué hiciste de él?

Per. Qué sé yo?

Tio Juan. Vamos, que el mocito es caña!

D. Mart. Qué has hecho de él?

Per. No le tengo
aquí: dejadme que vaya
á casa de un conocido
y os le traigo sin tardanza.

D. Mart. Pues, corre.

D. Mart. le da un embion para que se va-
ya. *D. Luis* le vuelve á asir, y queda entre
los dos.

D. Luis. No hay que soltarle.

Per. Pero, iré bajo palabra
de honor.

D. Luis. Ó entrega el dinero,
ó vas á pagar tus maulas
á un calabozo.

Per. Que empeño!...

D. Luis. Y en tanto que el señor llama
á la justicia...

Tio Juan. Alla voy.

Hace que se va, y vuelve.

Per. Aquí está el dinero.

Saca un bolsillo, y se le da á D. Martin:
cuenta el dinero, y se lo guarda.

D. Mart. Daga,
ratero.

Per. Ratero á mí!

D. Mart. Y está todo?

Per. Lo que falta

D. Claudio es lo pagará,
que yo no me pringo en nada.

D. Mart. Vamos á ver.

D. Luis. Pues, amigo,
ya habeis visto lo que pasa:
y así, direis á las Madres,
que cuando mi hermano salga
irá por allá.

Tio Juan. Está bien.

Per. La del humo.

ESCENA XIV.

Don Luis. Don Martin. Perico,
despues D. Claudio.

D. Luis. Buena alhaja
de mozo nos ha venido!
Y en estos euredos anda
tu señor?

D. Mart. Pues qué creías?

D. Luis. Nunca pensé que llegara
á tal.

D. Mart. Sí, que el jovencito,
es sugeto de esperanzas.

D. Luis. Pero, es menester saber
qué ha habido en esto, y que... Llama
á ese muchacho.

Per. D. Claudio.
Señor D. Claudio.

D. Luis. Esto pasa
de travesura, y es cosa
muy seria para dejarla
así.

Per. Si pudiera yo
entretanto...

*En ademán de quererle ir por la puerta del
lado derecho.*

D. Luis. No te vayas...
Quieto.

Per. Bien está.

D. Claud. Qué ocurre?
Sale de su cuarto.

D. Luis. Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
inclinado á tan villanas
acciones. El hospedage,
la amistad, la confianza,
se pagan así?

D. Mart. Bribon!

D. Claud. Toma, pues que?

D. Mart. Le matara
de un golpe!

D. Claud. Maldito sea
el papel y... Yo pensaba

que no os pudiera ofender:
tanto, tanto...

D. Luis. Es buena gracia,
por mi vida! Te parece
que es para menos la chanza?

D. Claud. Ya, pero en cumpliendo como
hombre de bien.

D. Luis. Y á qué llamas
cumplir como hombre de bien,
después de hacer una infamia?
Qué dirá tu padre cuando
lo sepa? No ves que basta
para quitarle la vida,
esta pesadumbre?

D. Claud. Vaya,
que lo ponderan!... Mi padre!
Cuanto va que no se enfada?

D. Luis. Qué dices? Estás en tí?

D. Claud. Pues digo bien: ya me cansa
tanto exagerar las cosas.
Mi padre!... Pues, apostara
la cabeza, á que mi padre
lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... Cuidado
que parece que me tratan
como á un chiquillo!... Oh! pues yo
por bien, soy como una malva;
pero por mal... Si querrán
que me acoquine y les vaya
á pedir perdón?... Parece
que es alguna cosa extraña,
según se ponen... La quiero:
ya se ve, me da la gana
de quererla: ella me quiere
también á mí, con que pata,
toma!... El papel ya está hecho:
su padre quiso encerrarla:
ella no quiere ser Monja
Francisca ni Mercenaria,
ni Dominica, ni alforja;
ha querido ser casada,
y se ha casado conmigo.

D. Mart. Cómo? Qué... Qué ha sido?

D. Luis. Calla:
déjale hablar.

Per. Si mi amo
está diciendo patrañas:
sí sueña.

D. Luis. Calla, ó te mando

Con impetu cóterico. *P. rico se va atemorizado por la puerta de la izquierda,*
tirar por una ventana...
Vete de aquí.

D. Claud. Digo bien.

Si no hay cosa que yo haga
que no se tilde y se riña.

Pues, yo bien quieto me estaba.

Ella quiso... Yo, qué habia
de hacer? Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

D. Mart. Pero, como...

D. Claud. El como es cosa muy larga
de contar... Que sois mi suegro:
cabalito, en dos palabras...
Y lo que ha de ser por fuerza,
tomarlo de buena gana.

D. Mart. Si... Válgame Dios! No sé
lleno de turbacion y de inquietud, llama,
acercándose á la puerta del lado izquierdo.
lo que me sucede... Clara.

ESCENA XV.

Doña Clara, y dichos.

D. Clara. Señor... Padrecito mio,
me llamais á mí?

D. Claud. Te llama,
porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
á sermones... El papel
nos le han pillado, eso pasa.

D. Mart. Ya lo comprendo... Dios mio!
déjame, que he de matarla.

Haye Doña Clara, y se pone al lado de
D. Claudio. D. Luis detiene á su hermano,
que hace ademanes de cólera.

D. Luis. Qué vas á hacer?

D. Clara. Claudio, presto,
sácame de aquí.

D. Mart. Malvada!...

Hija inobediente!... Así
lo que te quise me pagas?...
La he de matar.

D. Clara. Al instante
lévame de aquí, qué aguardas?
El papel le tengo yo;
tu muger soy, no tu dama;
en cualquier parte hallaremos
proteccion... Nada nos falta:
mientras yo viva, á ninguno
necesitas.

D. Mart. Desgraciada!

D. Martin sintiéndose desfallecido se apo-
ya en la mesa. *D. Luis le sostiene y le en-*
camina á la puerta de la izquierda.
No puedo estar...

- D. Luis.* Mira, vete allá adentro... No adelantas nada con verla..
D. Mart. Es verdad..
 Pero has de hacer que se vayan sin dilacion..
D. Luis. Bien..
D. Mart. Que no me pongan los pies en casa, nunca, nunca.

ESCENA XVI.

Don Luis. Doña Clara.

D. Claudio.

D. Clara. Vamos.

D. Claudio y Doña Clara *hacen ademán de irse por la puerta del lado derecho. D. Luis los detiene.*

D. Luis. Cómo?

Y á dónde ireis?

D. Clara. El lo manda.

No faltará quien nos quiera recibir.

D. Claud. Si aquí nos halla puede hacer un desatino.

D. Clara. Vamos.

D. Luis. Quieres que se añada el escándalo; al absurdo que habeis hecho?

D. Clara. Estoy muy harta de sufrirlo... No habeis visto cuanto le irrita que haya pensado en casarme; como cualquiera muger se casa? No ha de tener esto fin? He de vivir siempre esclava?... Chico, vámonos... Y no,

no temais que esto dé causa á escándalos. Hay papeles; prendas, testigos que bastan á probar que es mi marido y yo su muger. Mañana á las ocho, con un sí y una bendicion, se acaba todo, y entonces...

D. Claud. Entonces?

No han de pasar dos semanas sin que venga á pedir limosna, y...

D. Luis. Pícaro!

Don mucho enojo.

D. Claud. Vaya, que... Pues digo bien. Ea herencia viene, y en habiendo plata...
D. Luis. Mira, infeliz, en que estriban

D. Luis *tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á Doña Clara.* Está la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.

tu orgullo y tus esperanzas.

D. Cla. Qué es esto?.. Ayde mi! Es posible? Moriré desesperada.

¡Des la heredera!

D. Luis. Si.

El cielo quiere premiaria, y á ti te castiga.

D. Claud. Calle!...

Pues cierto que...

D. Clara. Desdichada!

D. Luis. Qué te admira? Si engañaste á tu padre; qué esperabas si no vivir infeliz?

D. Clara. Que miseria nos aguarda!

Que afrentas! Ines, llegó...

el tiempo de tu venganza.

Ay! mi padre vuelve... En dónde

D. Claudio y Doña Clara *se retiran al fondo del Teatro.*

me ocultaré?

ESCENA XVII.

Don Martin. Doña Ines.

y dichos.

D. Mart. No, te cansas en balde.. No quiero verla.

D. Ines. Pero, señor...

D. Mart. Que se vaya, que se vaya: que me deje morir.

D. Ines. Pobre, abandonada de su padre, á dónde irá?

D. Mart. Que no me mire á la cara jamas.

D. Ines. Prima, ven aqui,

Doña Clara *se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de Don Martin.*

llega humillate á sus plantas: bésale la mano.

D. Mart. Quíta.

D. Ines. Por mí, señor.

D. Mart. Vete, aparta:
hija indigna!

D. Luis. Pero, hermano:
es menester perdonarla...
Qué quieres hacer?

D. Mart. Que vea
cuantas desdichas arrastra
su delito.

D. Ines. Yo no puedo
ver, sin que me llege al alma,
la desgracia de mi prima...
He de tolerar que salga
de aquí, con la maldicion
de su padre: rodeada
de afliccion y de miserias?...
Hambre, desnudez la aguardan,
remordimientos crueles
que al mal obrar acompañan...
No: si la virtud consiste
en acciones, no en palabras;
hágamos bien... Padre mio,
no me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
toda mi fortuna patta:
que no, no quiero riquezas
si no he de saber usarlas
en amparar infelices...
Oh! maldito el que las haga
estériles, y perece
sobre el tesoro que guarda!

D. Mart. Ines, sobrina!

D. Martin y D. Luis espresan su sorpresa
y su ternura.

D. Luis. Querida
Ines!

D. Mart. Tú si que eres santa!

D. Ines. No señor, soy compasiva
nada mas... Pero, se pasa

*Va á donde está Doña Clara, y la trae
de la mano.*

el tiempo, y es menester
que hoy mismo quede firmada
mi cesion.

D. Clara. Ines, yo he sido
Besando las manos á Doña Ines.
para contigo muy mala;
perdóname.

D. Ines. Que locura!
Yo no me acuerdo de nada,

de nada.

D. Mart. Yo si me acuerdo.
Ni puedo olvidarlo... Falsa,
hipócrita, aborrecible
muger!

D. Luis. Como te arrebató
el furor!... Pero, conviene
ceder á las circunstancias.
Si la abandonas, qué esperas
de la lengua desatada
del vulgo, que ve el suceso,
y no examina la causa?
Qué opinion vas á adquirir?...
Ella quede castigada;
nosotros no, ni á la culpa
suya, tu deshonra añadidas.
Hágase lo que propone
Ines: con ella reparta
sus bienes, yo lo consiento;
pero ha de ser, sin que haya
ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido, y basta.
Asi podrá contenerlos
en su deber, y obligada
Clara de la inevitable
necesidad de agradarla;
sabrás arreglar su conducta,
reprimir la estravagancia
de su marido, y en fin,
si en ella estímulos faltan
de honor, bará el interes,
lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
por no dejar desairada
á la pobre Ines, que está
pendiente de tus palabras;
perdónalos.

*D. Claudio se acerca: él y Doña Clara se
arrodillan delante de D. Martin, que ha-
ciéndolos levantar, se encamina á Doña
Ines, y la abraza.*

D. Mart. Bien... Alzad,
hijos... Y no me habéis nada,
no... Que es mucha la inquietud
que siento... Que mal pensaba
de tí!... Bendita!... Hija mia!
Querida Ines!

D. Luis. Encargada
queda de ser protectora
de su prima, y de esta casa,
y amparo de tu vejez.
Oh! quiera el cielo colmarlas

de dichas, y en amistad
vivan, verdadera y larga!

D. Ines. Si señor, si viviremos
siempre amigas, siempre hermanas.

D. Ines. y Doña Clara se abrazan.

D. Luis. Lo espero así... Pero tú

*Asiendo de las manos á Doña Ines, con
espresion de mucha ternura.*

no sabes como se halla

mi corazón. Al placer
que siento por tí, no igualan
todas las felicidades
de la tierra.. Ni trocara
la dicha de ser tu padre,
por el trono de un monarca.
Ojalá fuese el ejemplo
público!... Si esto miraran
aquellos á quienes tanto
las apariencias arrastran,
distinguieran la virtud
verdadera, de la falsa.

FIN.

VALENCIA:
IMPRESA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
Año 1822.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, número 64;
junto al Mercado; y asimismo un gran surtido de comedias antiguas y
modernas, tragedias, piezas en un acto, sainetes y unipersonales.

